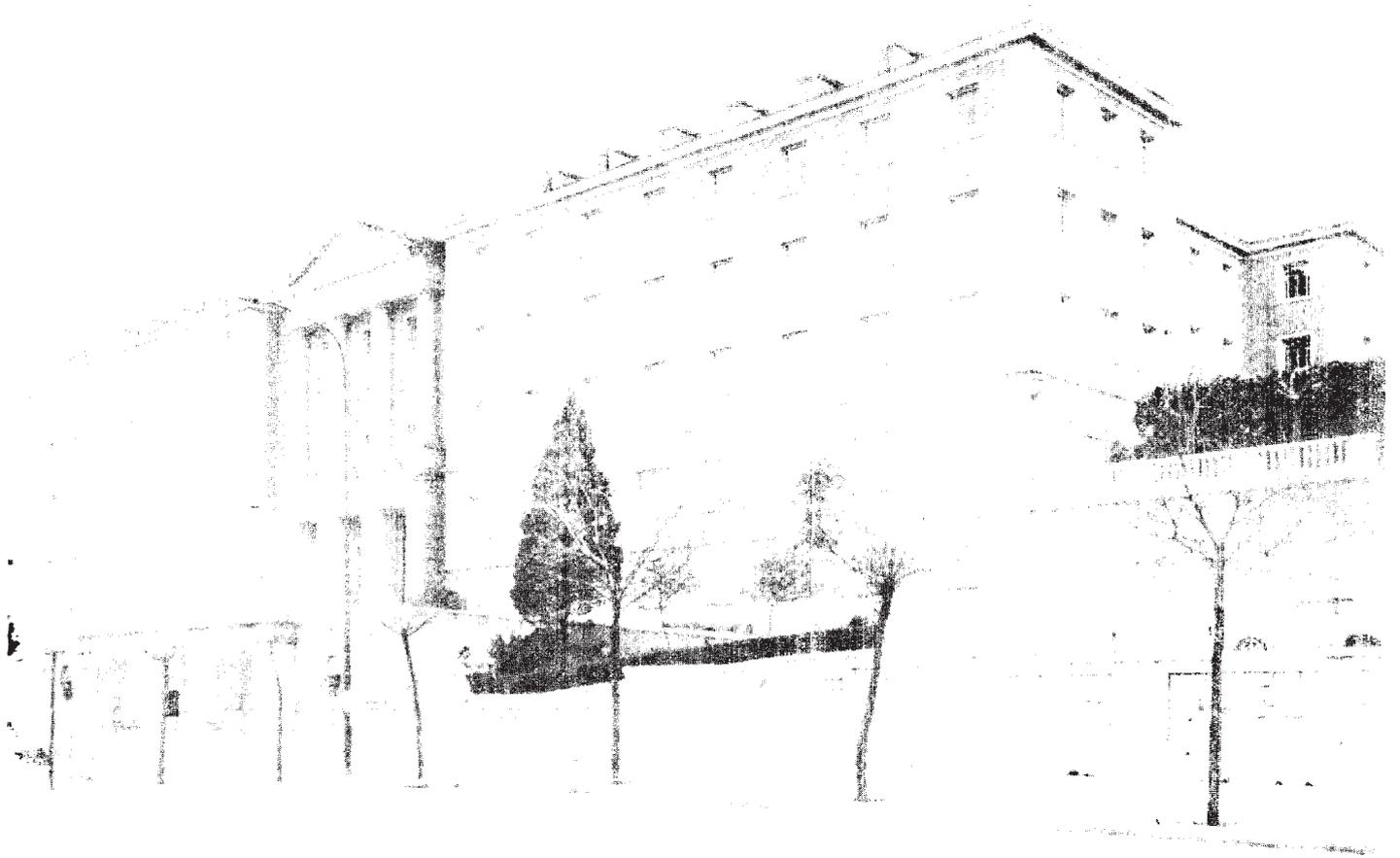


A.C.N. DE P.

ASOCIACION CATOLICA NACIONAL DE PROPAGANDISTAS



SAN PABLO,
ESCUELA DE
CONVIVENCIA

VALLADOLID

VISITA DEL PRESIDENTE

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas, continuando su actuación encaminada a la revitalización de los Centros de provincias, se desplazó a Valladolid, el día 8 de junio, con el presidente, don Abelardo Algora Marco, y el grupo de jóvenes propagandistas destacado especialmente para esta visita.

La capital del Sagrado Corazón de Jesús, entronizado en el Santuario Nacional de la Gran Promesa—donde se apareció al padre Hoyos, S. J.— ferviente católica en su línea de profunda tradición histórica, con dos hitos que constituyen su legítimo orgullo: haber sido Corte de España y lugar de casamiento de los Reyes Católicos.

Cerca de la Gran Promesa, en la sede de Acción Católica Femenina, tuvo lugar la toma de contacto con los propagandistas de la Ciudad del Conde Ansúrez.

Sin duda que ha sido vital y oportuna esta visita e intercambio de impresiones. El presidente les indicó que se entreguen a fondo en pro de la Asociación, incorporando a la juventud y esencialmente a la mujer joven. Asimismo la delegación de jóvenes que allí acudieron les han ofrecido su colaboración para desarrollar una serie de ponencias dirigidas a la juventud vallisoletana. Precisamente es Valladolid uno de los Centros más valiosos por la espiritualidad y el fervor apostólico de sus habitantes. Además, dentro de la Asociación se ha ratificado—como dijo el presidente— la seguridad de que hay miembros extraordinariamente preparados para hacer una labor fecunda. Funciona el Patronato San Pedro Regalado, pero aún hay mucho por hacer. Globalmente, la impresión es de posibilidades de éxito, pero con una actuación intensa, que estamos seguros cuajarán en prometedora realidad. Tanto la acogida como la despedida fue cordial y con promesas sinceras de todos los miembros de la Asociación de trabajar de firme. Bien lo merecen la Asociación y Valladolid, cuna del catolicismo castellano.

MADRID

Secretaría de Estado
N. 138246

Ciudad del Vaticano, 4 de junio de 1969.

Estimado en el Señor:

Con viva complacencia he visto el mensaje de felicitación que usted, co-

mo presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, ha tenido la bondad de enviarme en ocasión de nombramiento que el Santo Padre me ha conferido designandome su Secretario de Estado.

Agradezco cordialmente esta delicadeza y, en particular, las oraciones que ofrecen a fin de que mi persona pueda llevar a cabo, para bien de la Iglesia entera, en humilde y devota colaboración con el vicario de Cristo, la no fácil tarea que la Providencia me ha encomendado.

Con mis mejores votos por usted y por toda esa benemérita Asociación, le testimonio las seguridades de mi atenta consideración y distinguida estima en Cristo.

CARDENAL VILLOT

DOCTOR POR LA UNIVERSIDAD DE MADRID



Jose María Sanz Pastor

Diplomático, que acaba de obtener el título de doctor por la Universidad de Madrid, con la calificación de sobresaliente, por su tesis «La agricultura española y sus posibilidades en el mercado norteamericano».

NUOVO CANTERATICO

Ernesto González, director del Colegio Mayor «San Pablo», ha obtenido cátedra de Filosofía, recientemente, tras reñidas oposiciones.

VICENTE DE LA ASUNCIÓN QUILIS, NUEVO SECRETARIO

Por el presidente nacional, don Abelardo Algora, ha sido nombrado secretario del Centro de Alicante Vicente de la Asunción Quilis.

Datos biográficos: Vicente de la Asunción Quilis nació en La Puebla (Valencia) en 1926. Pertenece al Colegio Nacional de Economistas y es apoderado jefe de Organización y Control del Banco de Bilbao en Alicante.

Durante su juventud ocupó los cargos de vicepresidente del Aspiranteado y de secretario de jóvenes del Centro de Valencia. En 1958 ingresó en la A.C.N. de P., Centro de Alcoy, en donde ha colaborado en las tareas apostólicas con gran actividad. Fue tesoroero de dicho Centro, y más tarde del de Alicante.

CADIZ

CIRCULOS DE ESTUDIOS

En el Colegio de San Felipe se han celebrado, durante el mes de junio, los Círculos de Estudios, bajo el siguiente programa:

Primer Círculo: «La tentación de la violencia» (ciclo «Populorum Progreso»), por el secretario del Centro, Manuel Antonio Rendón.

Segundo Círculo: «Planificación y desarrollo», por Francisco J. López Pérez.

Tercer Círculo: «La equidad en las relaciones internacionales», por Luis Ruiz Priznels.

Cuarto Círculo: «La caridad universal», por el consiliario, Rvdo. P. Hermenegildo Pacheco.

El consiliario dirigió también la vigilia de San Pablo que se celebró en el Colegio Mayor «Beato Diego de Cadiz».

MANUEL ANTONIO RENDÓN, CABALLERO DEL SANTO SEPULCRUM

En la catedral de Barcelona de manos del cardenal Tiggerant, y en el Capítulo celebrado por la Orden del Santo Sepulcro, ha recibido a investidura y cruzamiento de caballero el secretario de este Centro, Manuel Antonio Rendón y Gómez.

NUEVOS INSCRITOS

Los invitados Francisco Vacchiano García y Joaquín Fernández Repeto han sido dados de alta como propagandistas inscritos.

A. C. N. de P.

BOLETIN INFORMATIVO DE LA
ASOCIACION CATOLICA
NACIONAL de PROPAGANDISTAS

Director:
José Luis Gutiérrez García

Año XLVI Número 873
Julio 1969

Sumario

	Págs.
A.C.N. de P., actualidad.	2
Editorial. La renovación de la Iglesia	3
El libro que interesa leer.	4
Tema para estudio. La renovación de la Iglesia.	5
El San Pablo, obra cultural de la A.C.N. de P.	10
Documento. Políticas internacionales socio-económicas para superar la pobreza	12
La voz del Papa. Reflexiones en torno a la "Ecclesiam suam" y "Mysterium fidei"	16
El Papa ha hablado de España	20

Isaac Peral, 58 - Madrid-3

Imprime:
S. A. E. Gráficas Espejo
Tomás Bretón, 51 - Madrid-7

Depósito Legal: M. 244-1958

editorial

La renovación de la Iglesia

En un extenso trabajo que se publica en las páginas de este Boletín se plantea el tema siempre actual —y más desde la celebración del Concilio Vaticano II— de la renovación de la Iglesia.

Es evidente que tema tan sugestivo se preste a multitud de equívocos y desviaciones. La palabra "reforma" desde la revolución religiosa del siglo XVI ha tenido un sentido que no puede ser aceptado por la Iglesia Católica.

En su sentido más profundo y cristiano la palabra "reforma" es lo mismo que conversión y en este sentido, la Iglesia no sólo debe reformarse, en cuanto formada por hombres pecadores, en cada uno de sus miembros, sino también como comunidad, como pueblo de Dios que peregrina, por el desierto de esta vida mortal hacia la Tierra prometida.

Desde este punto de vista, los grandes Santos han sido los que, de una forma o de otra, han contribuido a la reforma personal y colectiva de la Iglesia.

Es cierto que no basta la reforma puramente personal, sino que debe llegar hasta las mismas estructuras eclesiales, en lo que éstas tienen de humano, histórico y accidental —no en lo que tiene de permanente y divino—; pero las estructuras no pueden transformarse, si no se transforman las conciencias. Una cosa es el sincero deseo de reforma eclesial, que con una u otra denominación, siempre han sentido las almas profundamente cristianas y otra cosa es fundamentar un clima de reformismo inquieto y permanente y de hipercriticismo sistemático y habitual.

Las reformas eficaces en la Iglesia han brotado de corazones humildes que amaban profundamente a la Esposa de Cristo y que eran guiados por el Espíritu que dirige la Iglesia.

La eficacia de la reforma no está tanto en la agudeza o en la fuerza de expresión de las palabras, ni siquiera en los pensamientos geniales; la eficacia de la reforma reside, sobre todo, en la caridad y en el sacrificio. En estos momentos, de inquietud y de confusión doctrinal —y, al mismo tiempo, de intensa esperanza de una nueva primavera para la Iglesia—, no serán los que más hablen, ni los que más discutan y polemiquen sobre la reforma de la Iglesia los instrumentos más eficaces para realizarla. Hacen falta, sí, teólogos, hombres que, con su pluma y con su capacidad creadora formen, con fidelidad inalterable a su contenido, el Mensaje de la Fe para adaptarla a la psicología de los hombres de nuestro tiempo; pero hacen falta, sobre todo, hombres y mujeres que oren, que se sacrifiquen, que estén dispuestos a morir en cruz por la Iglesia, la Esposa de Cristo.

El Espíritu no está inactivo en estos años de la Iglesia Post-Conciliar; están surgiendo, han surgido ya, una generación de hombres y de mujeres santos que están llevando a la vida de la Iglesia las doctrinas y las orientaciones del Concilio; pero no siempre sus nombres y sus actuaciones salen en los periódicos y en las pantallas de televisión.

EL LIBRO QUE INTERESA LEER

COMBATIR EL ATEISMO

Se trata de un estudio profundo y penetrante de uno de los mayores teólogos de la Iglesia actual. El tema aparece perfectamente recogido en el título, que apunta a dos de los grandes trazos ofrecidos a la investigación teológica y a la actuación pastoral por la Constitución del Concilio Vaticano II «Gaudium et Spes».

CENTRO DE ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

Ateísmo y sentido del hombre

Henri de Lubac

La modernidad del lenguaje, la sin-tonización con la sensibilidad del hombre actual, el hondo sentido de la tradición teológica y la espiritualidad de un creyente sincero en el Dios vivo se juntan en el padre De Lubac para escribir este ensayo, cuya hondura desborda los límites apretados del mismo.

Tiene frases marcadas a fuego: «La era del diálogo no es la era de la renuncia.» «No llamaremos purificación a lo que es evaporación, ni profundidad a lo que sería traición.» «El drama social y humano encuentra a la vez su aclaración, sus dimensiones reales y su solución, no en el hombre solo, sino en Jesucristo, Hombre-Dios.»

En el Sahara del ateísmo el hombre no saciará jamás su sed. Dios debe ser, para nosotros, el eterno descubrimiento y la eterna presencia. Dios jamás quedó atrás...; en cualquier dirección que nos lleve, he aquí que surge delante.

La fe que nos presenta esta obra del padre De Lubac es una fe lúcida y serena, que se abre al diálogo y a la comprensión con los ateos, pero que nos enseña a combatir el ateísmo, ante todo en nuestro propio corazón, pero

con armas espirituales: las armas de la luz.

Esta obra está llamada a orientar a sus lectores en medio del confusiónismo ideológico actual, en donde existen tantos elementos positivos de verdad, pero dislocados de su raíz cristiana.

Es un estudio valiente y audaz, con la firmeza de los grandes apóstoles del cristianismo de todos los tiempos, con la profundidad de los doctores con la fe humilde y confiada de los cristianos que buscan, en medio de las oscuridades de la peregrinación terrena, descubrir el Rostro de Dios, purificando su fe de las falsas imágenes y de los mitos.

La segunda parte estudia la actitud cristiana respecto del mundo y las relaciones que conviene establecer entre el progreso del «mundo» y la «nueva Creación».

El padre De Lubac, conocedor profundo de Teilhard de Chardin, hace una magnífica síntesis de su pensamiento deshaciendo falsas interpretaciones y dando un sentido positivo a sus atisbos proféticos.

Los grandes problemas que para la espiritualidad cristiana presenta la era técnica son abordados en el último capítulo, en donde deja prendidos en el espíritu de los lectores algunos interrogantes que deberán ser objeto de una mayor profundización teológica en los años venideros.

«Ateísmo y sentido del hombre».

Henri Lubac. Centro de Estudios Universitarios. Serie «Hoy-Mañana» (11 x 18).

PLANIFICAR EL DESARROLLO

El estudio teórico de la planificación constituye una necesidad cultural y técnica para todo aquel que esté interesado en los problemas económicos de nuestro tiempo. Así afirma en el prólogo el profesor Emilio de Figueroa, catedrático de Política Económica de la Universidad de Madrid. Uno de los primeros objetivos que persigue el autor de este libro es situar la planificación, a nivel conceptual y teórico, en el marco más amplio de la política económica. Comienza para ello haciendo una distinción entre la teoría del desarrollo y la teoría de la planificación, para continuar luego con el enunciado y el análisis de las características más importantes que definen todo el proceso de planificación económica.

Por su naturaleza, por su alcance y por su significado, la planificación precisa de unos instrumentos y técnicas de análisis que permitan enfrentarse con mayores posibilidades de éxito a la incertidumbre que se halla implícita



en toda decisión económica. De todos estos instrumentos y esquemas es el modelo económico el que mejor se ajusta a las necesidades y exigencias derivadas de la realización de un Plan de Desarrollo.

El profesor Fernández Díaz aborda los diversos tipos de modelos siguiendo varios criterios de clasificación (grado de agregación, encuadre doctrinal, etc.). Así, se analizan los modelos keynesianos, neoclásicos, la función de producción, los modelos sectoriales, Mahalanobis y Chakravarty, etc.

Tras la consideración y el estudio de los modelos se intenta, a través de los capítulos restantes, llevar a cabo un proceso de estructuración de la planificación desde un punto de vista teórico. Para ello se comienza por delimitar el ámbito, distinguiendo entre los sistemas de economía mixta, de economía centralizada y de economía dualista. En cada caso se analizan las características fundamentales procurando aislar los conceptos básicos más representativos.

A continuación se pasa a un intento de formalización mediante el empleo de los modelos más adecuados a cada tipo de planificación y dentro de la gama existente de los mismos. En esta misma línea se pasa revista a los diversos esquemas que pueden emplearse en la planificación económica regional, tema de especial interés y de una palpitante actualidad.

Andrés Fernández Díaz, doctor por las Universidades de Madrid y Roma, es profesor de Política Económica en la Facultad de Ciencias Económicas y en el Centro de Estudios Universitarios de la Universidad de Madrid.

«Introducción a la teoría de la planificación». Andrés Fernández Díaz. Centro de Estudios Universitarios. Serie «Textos del CEU» (13,5 x 21).

LA RENOVACION DE LA IGLESIA

Fernando Guerrero, secretario del Centro de Madrid y profesor de Doctrina Social de la Iglesia en diversas instituciones docentes universitarias, hace un estudio riguroso y profundo, equilibrado, sobre un tema de tanta trascendencia actual como es el problema de la necesidad de la renovación de la Iglesia. En base a un examen interior en el espejo del modelo que Cristo dejó de sí y después de analizar los conceptos de reforma, «aggiornamento», adaptación y conversión, señala las condiciones de la verdadera renovación, fundada primordialmente en la santidad.

¿POR QUE DEBE RENOVARSE LA IGLESIA?

El Papa Pablo VI, en su primera Encíclica, «Ecclesiam suam» (1), después de haber afirmado que «... la Iglesia debe profundizar la conciencia de sí misma» (2), deduce la necesidad de la renovación de la Iglesia, con las siguientes palabras:

«Deriva de esta iluminada y operante conciencia y un espontáneo deseo de comparar la imagen ideal de la Iglesia cual Cristo la vio, quiso y amó, como su esposa santa e inmaculada (cf. Eph. 5, 27), y el rostro real cual hoy la Iglesia presenta, fiel, por gracia de Dios, a las líneas que su divino Fundador le imprimió, y que el Espíritu Santo vivificó y desarrolló en el curso de los siglos...; pero jamás suficientemente perfecto, suficientemente bello, suficientemente santo y luminoso, como quería aquel divino concepto informador. Brota por ello una necesidad generosa y casi impaciente de renovación, esto es, de emienda de los defectos que esa conciencia, como un examen interior en el espejo del modelo que Cristo dejó de sí, denuncia y rechaza» (3).

Entendemos, por tanto, como renovación, siguiendo al texto citado de la Encíclica, el esfuerzo realizado por la Iglesia para corregirse de aquellos defectos que denuncia y refleja la conciencia que ella tiene de sí misma, co-

(1) Publicada el 6 de agosto de 1964.

(2) Cf. traducción española de la Encíclica en *El diálogo según la mente de Pablo VI. Comentarios a la Encíclica «Ecclesiam suam»*. Trad. de José Luis Gutiérrez García. Instituto Social «León XIII», Madrid, 1965, Biblioteca de Autores Cristianos, pág. 6, número 7.

(3) Cf. texto citado de la Encíclica, págs. 6 y 7, núm. 8.

mo esposa santa e inmaculada de Cristo.

Se plantea, por tanto, la cuestión de fondo de cómo la Iglesia puede, a un mismo tiempo, santa e indefectible, y pecadora y débil.

Para resolver esta aparente paradoja es preciso partir de una cuádruple distinción, siguiendo al P. Congar (4):

- 1 La Iglesia en cuanto **institución divina**, es decir, en sus principios constituyentes establecidos por Jesucristo.
- 2 La Iglesia en cuanto **formada por la asamblea de los fieles**, es decir, por hombres, con su libertad, sus flaquezas, sus debilidades, su esencial falibilidad.
- 3 La Iglesia en cuanto **Jerarquía**, constituida por el Papa, Vicario de Cristo y Sucesor de San Pedro, y los Obispos, sucesores de los Apóstoles.
- 4 La Iglesia en cuanto **Misterio, que conjuga lo divino y lo humano**, es decir, la Iglesia del Verbo encarnado, constituida por hombres que forman «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (5).

En el primer sentido, en cuanto a institución divina, la Iglesia es impecable e infalible. Por tanto, desde este punto de vista, no puede hablarse de defectos ni de limitaciones en la Iglesia. No cabe hablar de renovación, porque ese elemento divino de la Iglesia participa de la perfección y de la

(4) Cf. el formidable estudio del P. Congar, anterior al Concilio, de *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*. Trad. castellana de Carmen Castro de Zubiri, Madrid, 1953, Instituto de Estudios Políticos, págs. 74 y sigs.

(5) San Cipriano, *De orat.*, dom. 23; PL 4, 553; Hartel, III A, p. 285; San Agustín, *Serm.*, 71, 20, 33; San J. Damasceno, *Adv. iconocl.*, 12 PG 96, 1358 D. (Citado en la Constitución Dogmática «Lumen Gentium», núm. 4.)

inmutabilidad de Dios. Los hombres no actúan desde un punto de vista en la Iglesia más que como meros instrumentos, como puras causas instrumentales, sin que puedan impedir, con sus deficiencias, el efecto divino de la gracia que los maneja. Este es el sentido de la eficacia de los sacramentos «ex opere operato», con independencia de la santidad de la ciencia del sacerdote que los administra.

En la segunda acepción, en cuanto formada por hombres, la Iglesia es falible, defectuosa y pecadora y necesita de una continua renovación para acomodarse a la imagen ideal tal como Cristo configuró a su Iglesia. Se puede distinguir, en relación con las deficiencias, entre los pecados propiamente dichos y, en este sentido, todos somos pecadores y tenemos necesidad continua de penitencia, a excepción de la Santísima Virgen; y las deficiencias o faltas histórico-sociales, es decir, aquella aceptación, por los hombres de la Iglesia, de realidades históricas defectuosas, de estructuras sociológicas concretas necesitadas de reforma, de costumbres, de actitudes y de mentalidades. El mundo actual es mucho más sensible a estas deficiencias de los hombres de la Iglesia, de no saber superar las estructuras y el ambiente cultural en que han vivido, para orientar las nuevas ideas, el nuevo mundo que propugna por surgir entre las ruinas del pasado, que los pecados o faltas morales individuales propiamente dichas.

En el tercer sentido, es decir, en cuanto Jerarquía, hay un aspecto en que la santidad objetiva de la Iglesia está por encima de los defectos de las personas. Los efectos de los Sacramentos, como indicamos anteriormente, se producen por encima de la indignidad del ministro, en cuanto que la causa instrumental es Cristo. Lo mismo ocurre en relación con la infalibilidad de las enseñanzas de la Iglesia, cuando el Papa habla «ex cathedra», como Pastor y Doctor universal, en el ejercicio de su suprema autoridad apostólica, definiendo una doctrina referente a la fe o a las costumbres, o también cuando todo el Colegio Episcopal, con unanimidad moral, en unión con el Papa, enseñan una misma doctrina como definitiva en relación con la fe o las costumbres, o cuando reunidos legítimamente en Concilio, definen, como doctrina infalible, una verdad de fe o una norma moral. En este sentido, la infalibilidad no depende de la ciencia o santidad del Papa y de los Obispos.

Esto no quiere decir que como esa infalibilidad no es en virtud de la inspiración, sino únicamente de la asistencia del Espíritu Santo prometido por

Cristo a su Iglesia, no lleve en su formulación la impronta de la limitación humana, no en el sentido de la posibilidad de error, que se halla totalmente excluido, en la parte definitiva, sino en la perfectabilidad de la fórmula utilizada en cuanto dependa de la actividad y del esfuerzo humanos.

Es evidente que el magisterio no infalible, aun cuando también tiene prometida una asistencia del Espíritu Santo, al no participar de la garantía de la infalibilidad absoluta, está sometido a las limitaciones humanas de la persona que ejerce esa función de magisterio.

En relación con el gobierno pastoral, todavía participa más que la función de magisterio de la limitación y debilidad humanas.

En este sentido, pues, puede afirmarse que la Iglesia, en cuanto Jerarquía, necesita de renovación.

En el cuarto sentido, que viene a ser como una síntesis de los tres anteriores y que refleja la realidad concreta de la Iglesia en el mundo, que hace conjugación de divino y de humano, ya que no existe más que una sola Iglesia, puede afirmarse que, por un lado, es santa, indefectible y perfecta (en cuanto institución divina), pero, por otro lado, es pecadora, fallible y sujeta a muchas implicaciones humanas. Lo que hay de Dios en la Iglesia es santo; lo que hay en ella de humano es débil y proclive al pecado.

De ahí que, como afirma Pablo VI en la «Ecclesiam suam», la reforma referida a la Iglesia «no puede afectar ni a la concepción esencial ni a las estructuras fundamentales» (6).

Únicamente la parte humana de la Iglesia es la que necesita ser renovada, para conformarla con la filosofía que Cristo originariamente le imprimió y, por otra parte, tenga en cuenta el desarrollo necesario adquirido a través del tiempo (8).

RENOVACION, REFORMA, «AGGIORNAMENTO», ADAPTACION, CONVERSION

Aunque estos vocablos enunciados en el subtítulo a veces se emplean indistintamente, conviene precisar su significación exacta para evitar equívocos.

Ya hemos indicado en qué consiste la **renovación** de la Iglesia. La palabra **reforma** puede entenderse en un sentido idéntico a la de renovación, y entonces tiene un significado perfectamente legítimo, o puede entenderse en un sentido que afecta a las estructuras esenciales de la Iglesia, tal como fue concebida por el movimiento protestante del siglo XVI. Desde este punto de vista, la Iglesia no necesita reforma y no puede aceptarse una concepción reformista, mejor diríamos innovadora o revolucionaria.

En toda voluntad genuina de reforma debe respetarse la fisonomía y estruc-

(6) Texto citado de la Encíclica, ed. cit., pág. 32, núm. 41.

tura esencial que Cristo dio a su Iglesia. Precisamente, una de las finalidades principales de toda reforma católica, como ya hemos indicado, es la de acomodar la imagen real de la Iglesia a la imagen ideal que Cristo tuvo de ella.

Pero la reforma no afecta solamente a las faltas morales, de carácter personal, de los miembros de la Iglesia, sino, como agudamente indica el P. Congar, al campo de las faltas histórico-sociales de los hombres de la Iglesia. Es decir, a aquella adaptación conformista que, en muchos casos, puede hallarse exenta de culpa moral personal e incluso es compatible con una gran santidad de vida, con estructuras heredadas de situaciones históricas pasadas, con mentalidades que no corresponden a las nuevas realidades de los tiempos, con injusticias de carácter colectivo, con rutinas y anquilosamientos que entorpecen el dinamismo de la acción apostólica de la Iglesia. Es lo que podríamos designar, con un nombre genérico y algo vago, de «estado de cosas», que más que a la Iglesia en sí misma, afectan al entorno que rodea la Iglesia y lo que, siguiendo al mismo teólogo citado, podríamos designar con el nombre de «mundo cristiano».

En este sentido puede tener aplicación la famosa palabra, pronunciada por S. S. Juan XXIII, de «aggiornamento», que podríamos traducir con la «puesta al día».

En la Encíclica «Ecclesiam suam», Pablo VI recogió la idea significada por la palabra «aggiornamento», y la confirmó como criterio directivo del Concilio Ecuménico, considerándola como una superación de la inmovilidad de las formas históricas con que la Iglesia se ha manifestado a lo largo de los tiempos, y en la flexibilidad para adoptar nuevas formas, que sean aceptables, de las costumbres del mundo actual.

Podríamos definir, por tanto, el «aggiornamento», siguiendo también a Pablo VI, como «la relación entre los valores eternos de la vida cristiana y su inserción en la realidad dinámica, hoy tan singularmente mudable, de la vida humana» (9).

La palabra «aggiornamento» hace referencia al aspecto mudable relativo e histórico de la vida de la Iglesia. Desde este punto de vista, podemos decir que es una necesidad permanente de toda acción pastoral.

La palabra **adaptación** tiene un significado muy similar a la de «aggiornamento».

(8) Cf. texto citado de la Encíclica, ed. cit., pág. 33, núm. 42.

(9) Cf. discurso de S. S. Pablo VI pronunciado a los sacerdotes asistentes a la XIII Semana Nacional de Orientación Pastoral, el 7 de septiembre de 1963, en *El Concilio de Juan y Pablo. Documentos pontificios sobre la preparación, desarrollo e interpretación del Vaticano II*. Introducción, dirección e índices por José Luis Martín Descalzo, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1967, Editorial Católica, pág. 596.

namiento», hasta el punto de que no merece la pena detenerse en ella.

La palabra **conversión** es básica para la vida cristiana y fundamentalmente tiene un sentido personal que afecta a la intimidad de la propia conciencia en sus relaciones directas con Dios. Así, en este sentido, habló Pablo VI al referirse a la renovación conciliar, en su significación más profunda:

«... La primera transformación y la más importante de todas es la que comúnmente llamamos «conversión» del corazón. Es preciso, como dice San Pablo, «renovar espiritualmente la mentalidad» (Ef., 4, 23), pensar de una forma nueva, aquí es donde comienza la reforma, el «aggiornamento» (10).

Pero de este sentido de conversión individual puede pasarse a un sentido más visible y exterior de conversión colectiva, de transformación de la vida y costumbre de los cristianos o de un sector determinado de la Iglesia, ya que, como dice el P. Congar, es insuficiente una reforma puramente moral que no llegue hasta el plano de las estructuras. Pueden darse, y se han dado en la historia de la Iglesia, casos aislados de santidad personal, que no se traducen directamente en cambios de las estructuras o de la forma de vida colectiva, pero hemos de reconocer, con el P. Congar, que «... existe una relación profunda entre un evangelismo de pensamiento o de conducta, y un evangelismo de estructuras, de condiciones o de estilo de vida...» (11).

Es evidente que el Concilio no sólo ha propugnado la conversión del corazón de cada uno de los miembros de la Iglesia, sino también la conversión de las costumbres colectivas, la reforma de las estructuras, la superación de las formas históricas caducas; lo cual, a veces, exige un esfuerzo de acceso personal y colectiva para que la Iglesia refleje mejor ante el mundo el rostro de Cristo.

CONDICIONES DE LA VERDADERA RENOVACION

El P. Congar, en la obra repetidamente citada, considera como condiciones de una reforma sin cisma las siguientes:

1. La primacía de la caridad y de lo pastoral.
2. Permanecer en la comunión con el todo (con la Iglesia).
3. La paciencia.
4. Retorno a la genuina tradición.

Antes de entrar a desarrollar estas condiciones, conviene insistir en un punto que puede ser de gran alcance

(10) Cf. Pablo VI, *El Concilio de Juan y Pablo. Documentos pontificios sobre la preparación, desarrollo e interpretación del Vaticano II*, ed. cit., pág. 910.

(11) Cf. la obra citada *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*, ed. cit., pág. 138.

práctico. Aunque la Iglesia debe renovarse continuamente —la vida cristiana es un proceso de continua conversión—, sin embargo, si por renovación se entiende la reforma de las estructuras eclesiales, en lo que éstas puedan tener de reformables, no puede, con todo, establecerse en la Iglesia una situación permanente de problematismo y discusión crítica.

Hay circunstancias, como por ejemplo la preparación de un Concilio, en que el movimiento reformista puede tener su momento fuerte; pero, como indica el mismo teólogo, «... un elemento de insatisfacción permanente, de perpetuo problematismo, mina las fuerzas del espíritu público; esto es lo que hizo la crítica en el siglo XV con la conciencia católica, que, en muchos casos, se derrumbó fácilmente al choque de la Reforma; entonces resistieron mejor los elementos más monásticos, los más alejados de la actualidad» (12).

En este sentido, son muchas las veces que se ha expresado el Papa actual frente a un reformismo inquieto, frente a un espíritu de crítica permanente:

«Nos referimos más que nada al estado de ánimo de quienes quisieran someter a discusión permanente verdades y leyes ya bien claras y establecidas, continuar el proceso dialéctico del Concilio, atribuyéndose competencia y autoridad para introducir criterios innovadores propios o subversivos en el análisis de los dogmas, de las leyes de los ritos, de la espiritualidad de la Iglesia católica, en el deseo de uniformar su pensamiento y su vida al espíritu de los tiempos. Será lícito y hasta encomiable el que los pastores y doctores no permitan al pueblo de Dios una adhesión pasiva a la doctrina y a las costumbres de la Iglesia y que procuren, ante todo, animarla de convicciones vivas, con nuevos estudios, con expresiones originales; pero todo esto supone la segura fidelidad a la realidad religiosa y moral ya garantizada por el magisterio de la Iglesia católica. De no hacerlo así, desmentiríamos su naturaleza y su misión.

Lo cual quiere decir que la postura correcta, la que deben observar hoy los hijos de la Iglesia con respecto al Concilio, no es la de someterlo a discusión, la de poner en duda o en tela de juicio las cosas que se nos han enseñado, sino la de ponerlas en práctica; estudiarlas, assimilarlas, aplicarlas dentro del contexto efectivo de la vida cristiana» (13).

El P. De Lubac, después de aceptar que hay una crítica legítima en la Iglesia, previene, sin embargo, del peligro de una «crisis de neurastenia colectiva»

(12) Cf. P. Congar, obra citada, página 127.

(13) Cf. discurso de 16 de diciembre de 1965, recogido en trad. española en la obra citada *El Concilio de Juan Pablo*, págs. 909 y 910.

va», que para los contagiados por ella «todo se convierte en materia de denigración... todo recibe una interpretación peyorativa» (14).

● La primacía de la caridad y de lo pastoral.

Existe un peligro en el reformismo nacido de la pura visión intelectual y especulativa, sin conexión directa con las necesidades pastorales concretas de la Iglesia. Se ha afirmado que las herejías han nacido a partir de «... deducciones que se perseguían en sentido único, partiendo de un principio de tradición o de ciencia aislada del resto, erigidas en verdad absoluta y al que se han ligado, por vía de razonamiento, conclusiones incompatibles con la armonía general de la religión y de la enseñanza tradicional» (15).

Cierta carencia de sentido de la Iglesia concreta, y más precisamente de sentido apostólico y pastoral, ese ha dado con frecuencia en reformadores que acabaron por abandonar la Iglesia (Renan, Loisy, Döllinger) (16).

Como afirma con agudeza y profundidad Maritain, «si en vez de estar en el corazón, la pureza se sube a la cabeza, hace sectarios y herejes» (17).

«Las reformas que no han triunfado... tienen todas en común este carácter de haber cedido al espíritu de sistema y de construcción intelectual» (18).

● Permanecer en la comunión con el todo.

«No hay fe recta sin vida de comunión fraterna», afirma Congar.

En la comunión con todo el cuerpo de la Iglesia, sometido a la enseñanza del Magisterio, cada fiel puede mantenerse adherido a la verdad total.

Es imposible que un hombre aislado, aunque sea un genio religioso, pueda repensar por sí mismo todo el cristianismo (19).

Esta comunión con la Iglesia se traduce en una relación viva con la Jerarquía sucesora del colegio apostólico. Son de la Iglesia aquellos que están con los apóstoles y los apóstoles son aquellos que están con Pedro. Con estas palabras expresa el P. Congar el sentido profundo de la comunión eclesial ligada a la apostolicidad de la Iglesia.

El reformista herético no lo es tanto por la afirmación de errores teológicos materiales cuanto por la actitud de pertinencia y terquedad en mantener sus

(14) Cf. *Meditación sobre la Iglesia*, versión española de Luis Zorita Jáuregui, Col. «Veritas et Justitia», 4.ª ed., 1964, Ed. Desclée de Brouwer, páginas 257-259.

(15) Citado por Congar. Cf. obra citada, págs. 181 y 182.

(16) Citado por Congar. Cf. obra citada, pág. 185.

(17) Citado por Congar. Cf. obra citada, pág. 185, nota 35.

(18) Cf. obra citada de Congar, página 189.

(19) *Ibid.*, pág. 194.

propias ideas. La Iglesia católica ha visto siempre en los autores de cismas y de herejías un gran orgullo y mucho amor propio.

Pero esta adhesión no es una adhesión meramente formal, disciplinaria y exterior, sino es un sentirse profundamente unido, como parte de un cuerpo, con Cristo, cabeza de la Iglesia, con sus representantes y con todos los miembros del Cuerpo Místico.

La obediencia no tiene nada de servil. Ella somete nuestros pensamientos y deseos, no a los caprichos de los hombres, sino a la obediencia de Cristo. «Solamente la catolicidad... enseña a fondo esta pobreza evangélica; sólo en el seno de la Iglesia se aprende a morir a sí mismo para vivir en dependencia» (20).

Este aprendizaje nunca se termina. Es duro para la naturaleza y los hombres que creen ser más perspicaces son los que más lo necesitan. Por eso precisamente les es tan conveniente, para que se despojen de sus falsas riquezas, «humillar su espíritu bajo una autoridad visible» (21).

«Ahí se encuentra quizá el punto más secreto del misterio de la fe, el más inaccesible a una inteligencia que el Espíritu de Dios no haya convertido. Por eso, no es extraño que muchos hombres consideren como una tiranía intolerable el ejercicio de la autoridad en la Iglesia» (22).

Con esto no se quiere decir que la Jerarquía de la Iglesia no tenga su responsabilidad frente a las reformas que se propugnan, incluso aun cuando estas reformas vayan acompañadas de actitudes indóciles o rebeldes, para discernir lo que haya de positivo en ellas.

La historia de la Iglesia pone de relieve que las dilaciones y demoras en implantar una reforma necesaria han sido ocasión o motivo, nunca justificación, para movimientos cismáticos o heréticos. También la Jerarquía de la Iglesia corre el peligro de ceder a la «tentación de sinagoga», según la expresión del P. Congar. Es decir, de bloquear, por un sentido de fidelidad a la tradición (con minúscula), por un espíritu de conservación de estructuras del pasado, el aliento profético que inspira nuevas formas de vida y el desarrollo del principio vital, que lleva a la adaptación y a la renovación, de acuerdo con el espíritu del Señor que renueva todas las cosas.

Pero hemos de reconocer, también, que la Jerarquía de la Iglesia, como guardiana e intérprete del depósito de la Fe, ante lo que se presente con aires reformistas, tiene necesariamente que adoptar una actitud de prudente reserva, de examen sereno y ponderado, de discernimiento de espíritus, antes de dar una aprobación precipitada, que pudiese poner en pe-

(20) Cf. Fenelón, citado por el P. De Lubac en *Meditación sobre la Iglesia*, ed. cit., pág. 230.

(21) Cf. Fenelón, citado por el P. De Lubac, *ibid.*, pág. 230.

(22) Cf. P. De Lubac, *ibid.*

ligo las verdades y valores auténticos de la Iglesia, ya que tiene el mandato divino de conservarlos, defenderlos y comunicarlos a todos los hombres.

Es cierto, como afirma el Concilio, que los Pastores de la Iglesia no deben sofocar el espíritu, sino que deben probarlo todo y retener lo que es bueno, pero a ellos corresponde el juicio de la autenticidad y del ejercicio razonable de los carismas en la Iglesia (23).

Hemos de reconocer, sin embargo, que en ocasiones la Jerarquía de la Iglesia no ha escuchado las críticas sobre el «estado de cosas» o sobre las estructuras históricas o concretas eclesiales, por la dificultad de distinguir adecuadamente entre estas estructuras históricas, que constituyen la forma concreta en que la Iglesia ha venido manifestándose durante mucho tiempo, a veces siglos, y la estructura esencial que la Iglesia tiene por institución divina. A veces una crítica a formas históricas concretas puede pasar la raya fronteriza e implicar una crítica, más o menos sutil y disimulada, contra lo esencial en la Iglesia.

De ahí la clarividencia y lucidez que deben tener los Pastores para distinguir ambos aspectos; cosa no siempre fácil en épocas de crisis y de confusiones, en donde, junto a críticas exactas y justas, se entremezclan errores dogmáticos y actitudes desviadas que no tienen el auténtico sentido católico.

Por otra parte, no se pueden poner en el mismo plano las reformas necesarias de la Iglesia que afectan, más que a su ser, a su perfección y a su vitalidad, pero no ponen en peligro la esencia de la Iglesia, y aunque esto puede ser grave y hasta muy grave, no conmueve los cimientos de la Iglesia. En cambio, la misión de la Jerarquía de la Iglesia de conservar íntegro el depósito de la fe y las estructuras esenciales con que Cristo instituyó la Iglesia, afectan a su propio ser. No se trata de más o de menos, sino de la naturaleza de la propia Iglesia; por eso, no pueden colocarse en el mismo plano la obligación de la Jerarquía de escuchar las justas exigencias de los fieles y la obligación de éstos de obedecer y asentir al magisterio de aquélla (24).

● La paciencia.

Se ha señalado como una de las características de los verdaderos reformadores según el auténtico espíritu católico la paciencia, con las necesarias demoras en la aplicación de las medidas de renovación eclesial.

Por eso ha podido enunciar el P. Congar como una ley cristiana de toda reforma la siguiente: «para que una reforma tenga éxito en la Iglesia es preciso que vaya acompañada de paciencia» (25).

(23) Cf. Constitución Dogmática «Lumen Gentium», núm. 12, párr. 2.º

(24) Cf. Congar, obra citada, páginas 221.

(25) *Ibíd.*, pág. 224.

La historia de la Iglesia nos demuestra que la impaciencia o el exceso de celo ha perjudicado grandemente a causas en sí fundamentalmente justas (26).

El reformador impaciente, queriendo forzar el desarrollo natural de las cosas, puede conseguir, paradójicamente, retrasar el movimiento.

Como afirma el citado teólogo francés: «... el verdadero profeta, el profeta según el espíritu que anima a la Iglesia, encuentra la manera y es oído. Porque hay un tono que no engaña; y que la Iglesia discierne» (27).

La paciencia exige una cierta docilidad espiritual a los planes de Dios, una cierta desconfianza en sí mismo. Por otra parte, esa serenidad y equilibrio espiritual que caracterizan a las grandes almas cristianas, aun cuando es compatible con una gran libertad en la exposición a los superiores legítimos del mensaje del que se sientan portadores, sin embargo, esa libertad también es compatible con un profundo respeto y un amor vivísimo a la Iglesia. No se critica a la Iglesia como cuando se la critica desde fuera.

Se ha destacado que algunos de los grandes reformadores de la Iglesia, como San Francisco de Asís, o San Ignacio de Loyola, apenas tienen en sus obras frases de crítica a la autoridad de la Iglesia, aunque conocían muy bien los males que aquejaban a la Iglesia de su tiempo; sin embargo, fueron eficaces instrumentos de renovación eclesial, juntamente con una docilidad inmensa a los que llevaban el peso de la representación de Cristo.

A veces, para justificar ciertas intemperancias críticas, se apela al testimonio de algunos santos: San Columbano, San Bernardo, Santa Catalina de Siena, Santa Brígida; pero, a este propósito, convendría recoger la consideración de un alma santa:

«Nos comparamos, muy ridículamente, a los mayores santos, y hacemos por motivos muy imperfectos lo que hicieron los santos por puro movimiento del Espíritu Santo. Queremos hacer en un día en nosotros mismos, y en los demás, lo que a ellos les costó muchos años; no tenemos ni su prudencia, ni su experiencia, ni sus talentos, ni los demás dones sobrenaturales. En una palabra, ellos eran santos y nosotros estamos aún muy lejos de serlo, y sin embargo, somos tan presuntuosos que creemos poder hacer todo lo que ellos hicieron» (28).

Y en este mismo sentido afirma el P. De Lubac:

«Sin embargo, para un lamento afortunado, para un examen lumino-

(26) *Ibíd.*

(27) *Ibíd.*, pág. 238.

(28) Cf. *Retiro espiritual*, del Beato Claudio de la Colombière. Bilbao, 1929, Ed. «El Mensajero del Corazón de Jesús», pág. 151.

so y fecundo, ¡cuántos excesos e intemperancias no se han dado! Para un acto valiente, ¡cuánta vana agitación!, ¡qué de críticas negativas! La santidad no es cosa frecuente, y la buena voluntad más sincera no goza de los mismos derechos ni de los mismos privilegios» (29).

● El retorno a la tradición.

Hay una cita sumamente expresiva de Jean Guittou, recogida por el P. Congar, en su obra tantas veces citada, que no podemos menos de transcribir:

«Hay dos métodos, y sólo dos, para realizar la alianza de la tradición y de la actualidad, de lo antiguo y de lo nuevo, de la verdad y de la conciencia... El primer método consiste en fijar primero y antes de nada la tradición (que es en definitiva la historia de la identidad de la verdad) para poseerla bien y comprenderla bien, tanto en sus fórmulas como en su espíritu, o más exactamente todavía en el espíritu de sus fórmulas, después en volver la mirada hacia el pensamiento del mundo en que se vive, y que llamamos el mundo actual, y conocerlo en todos sus aspectos, en su letra y en su espíritu; finalmente, en discernir lo que hay en él conforme y lo que hay en él contrario al espíritu de la tradición, asimilando el primer elemento, que es sustancial, rechazando el segundo que está corrompido.

El segundo método consiste en fijar primero y antes de nada el pensamiento actual, tomar su lenguaje, nutrirse de sus principios, impregnarse de su espíritu —después volverse hacia la tradición—, y finalmente rechazar lo que en ella aparece como contrario al pensamiento actual y adaptar lo demás... En el primer caso se obtienen o bien una confirmación de la tradición y de su expresión, y por tanto una nueva intelección de sus riquezas, o bien una expresión inédita que añade una precisión a la exposición tradicional... En el segundo caso se obtiene una expresión de la tradición en la que ésta no se reconocería. Porque si la expresión es nueva, su novedad señala alteración y no una precisión.

El primer método es el de aquellos que podrían llamarse los reformadores ortodoxos... El segundo método es el de los reformadores heterodoxos, que con más precisión se deben llamar innovadores...» (30).

La gran ley del reformismo católico será, pues, la del retorno a las fuen-

(29) Cf. obra citada del P. De Lubac, pág. 256.

(30) Obra citada del P. Congar, páginas 242 y 243, nota 193.

tes, a los signos primeros del catolicismo.

La verdadera reforma de la Iglesia parte de la naturaleza de la misma.

Con bellísimas expresiones, S. S. Pablo VI, en una exhortación cálida a amar a la Iglesia, señala las dos direcciones en que puede desarrollarse la renovación de la Iglesia:

«...una que podríamos llamar centrífuga y la otra centrípeta. La una, movida más bien por la consideración de las verdades terrenas, alimentada por el deseo de comprender el mundo contemporáneo, de exaltar sus valores y de servir a sus necesidades, de aceptar sus maneras de sentir, de hablar y de vivir, de extraer de la experiencia de la vida una teología humana y terrestre y de dar al cristianismo expresiones nuevas, coherentes no tanto con sus tradiciones propias cuanto con el estilo de la mentalidad moderna. Y todo eso es bueno. Pero para llegar a tales resultados, esta tendencia establece con frecuencia una crítica, muchas veces justa en principio, sobre las imperfecciones, cansancios, defectos y arcaísmos del mundo católico; pero después esta crítica se convierte a menudo en habitual, absoluta y superficial a un tiempo, intolerante con las costumbres y normas eclesiológicas, incapaz, en definitiva de comprender el misterio de la obediencia y de la caridad interior que vinculan y santifican a la comunidad eclesial, para terminar en refinadas fórmulas subjetivas, espirituales y culturales, que más bien dispersan y esterilizan magníficas energías, sin querer ya emplear las humildes, y positivamente en un esfuerzo grande, lento y coordinado de construir la Iglesia.

Hay otra tendencia, otro método para la renovación de la Iglesia, y es el que tiende no ya al desapego o al alejamiento de su condición orgánica, concreta y unitaria, sino al acrecentamiento de su vitalidad, es decir, de su santidad, de su capacidad de presentar vivo y actual el Evangelio. Este es el método de la reforma incansable de que habla la constitución conciliar sobre la Iglesia, para que ésta «no cese jamás en su renovación» (c. 2, n. 9). Es el método que parte de la consideración de las verdades reveladas, de los valores religiosos, de la fecundidad perenne de las doctrinas tradicionales, y que se alimenta con el gozo de este continuo descubrimiento, de tal modo que se desborda en afán apostólico y misionero y encuentra en sí mismo una doble capacidad que lo complementa con el mundo circunstante: la de conservarse libre y puro de sus fáciles contaminaciones y la de situarse a su lado, más aún, la de insertarse en su complicada estructura como aceite benéfico, como fermento vital, como mensaje de alegría, de bondad, de esperanza,

que no sólo no lo daña, sino que lo fortalece y lo levanta a un más alto significado humano, esto es, al significado religioso y cristiano.

Nos comprendemos y admitimos de buen grado que también es bueno el primer método de interés por la vida de la Iglesia, pero no sin afirmar que el segundo nos parece superarlo y adelantarlo en bondad. Para este segundo reservamos con preferencia el nombre de método del amor» (31).

Existe el peligro de buscar una adaptación rígida, casi mecánica, de la Iglesia a los problemas de los tiempos, sin tener en cuenta que todo proceso vital de asimilación orgánica exige un tiempo de maduración, sin que pueda anticiparse (32). Existe «un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de extravío, (que) puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a aceptar los más extraños pensamientos, como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y adoptar novísimas e impensadas formas de vida» (33).

Es cierto también que cabe una fidelidad puramente mecánica a la tradición y que, frente a ciertos errores, no basta sólo una actitud condenatoria, sino que «reclaman un alma de verdad» para discriminar, con precisión, la parte de error que contienen y la parte de verdad que encierran, a fin de rescatar esa verdad para integrarla en una síntesis más profunda de la Verdad (34).

La Iglesia no solamente debe ser católica en cuanto a su apertura hacia todos los hombres y hacia todos los tiempos, sino también en el campo de la verdad y de la doctrina, para recoger con amplitud de espíritu todas las partículas de verdad que se encuentran en todas las doctrinas religiosas y sistemas, para integrarlas en la Verdad total.

LA REFORMA POR VÍA DE SANTIDAD

Hay que distinguir esencialmente entre una reforma por vía crítica y una reforma por vía de santidad (35).

«En lo que se llama la contrarreforma hay dos cosas bastante diferentes: un enorme esfuerzo apologético y teológico, consecutivo al formidable enjuiciamiento que hace la Reforma, y un esfuerzo de renovación propiamente pastoral y religioso, por vía de santidad» (36).

(31) Cf. discurso del Papa en *El Concilio de Juan y Pablo*, ed. cit., páginas 855 y 856.

(32) Cf. Congar, obra citada, pág. 253.

(33) Cf. Encíclica «*Ecclesiam suam*», de S. S. Pablo VI, texto en español, en *El diálogo según la mente de Pablo VI*, ed. cit., pág. 15, núm. 20.

(34) Cf. Congar, obra citada, pág. 256.

(35) Cf. *ibid.*, pág. 184.

(36) *Ibid.*, pág. 187.

Las grandes renovaciones de la Iglesia han empezado siempre por vía de una profunda renovación espiritual:

«¿No lo atestigua así la historia abiertamente en cada una de sus páginas? La oración y el sacrificio de los fieles ha encaminado y sostenido siempre las grandes gestas de la Esposa de Cristo. La restauración eclesiológica en el siglo XI tuvo su preparación en el monasterio de Cluny, iniciado ya cien años antes: movimiento de vida interior, de oración, de costumbres más puras y severas, que abrió los surcos para la obra de los grandes hombres de la Iglesia, capitaneados por Gregorio VII. Echar una rápida ojeada al siglo XVI, tan grave para el catolicismo. En sus primeros decenios se oyen por todas partes agudos lamentos de la decadencia moral. Y he aquí que hacia el fin del siglo la Iglesia vuelve a florecer con una fuerza juvenil, con una prosperidad y santidad que se afocan sólo en sus tiempos más afortunados y felices. ¿Quién ha obrado un cambio tan admirable? La historia lo atribuye a la labor poderosa de reforma eclesiológica y en modo especial a los decretos del Concilio de Trento. Pero, ¿de qué hubieran servido todos los programas y decretos de reforma sin la preparación, la colaboración y las oraciones de los grandes santos, de que aquel siglo fue rico como pocos otros en los fastos de la Iglesia?» (36).

Un pensador ajeno a la Iglesia ha hecho esta formidable afirmación respecto de la obra renovadora de Teresa de Jesús: «Teresa fue el verdadero adversario de la Reforma; ella funda una orden para combatirla con la plegaria, con las lágrimas, con el amor. No se habían oído nunca semejantes gemidos después del Gólgota» (37).

Este es el gran problema pastoral de la Iglesia para la aplicación de los Decretos del Concilio Vaticano II de reforma profunda de la vida cristiana: la de buscar una generación de santos que lleven a la vida de la Iglesia el espíritu del Concilio:

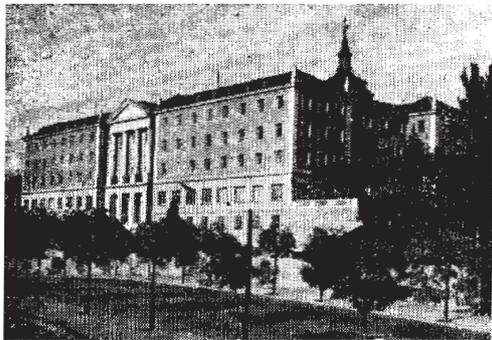
«Esto quiere decir que el mundo y la Iglesia tienen necesidad de santos y a eso tiende nuestra humilde exhortación: ¡sed santos!...» (38).

(36 bis) Discurso de S. S. Pío XII al Apostolado de la Oración, 17 de enero de 1943, recogido en trad. castellana en *Pío XII por un mundo mejor*. Primeros documentos recogidos y presentados por el P. Ricardo Lombardi, S. J., Barcelona, 1955, Ed. Balmes, pág. 229.

(37) Citado por Pío XII en el discurso recogido en la nota anterior, página 228.

(38) Discurso de Pablo VI de 7 de julio de 1965, publicado en *L'Osservatore Romano* de 8 de julio de 1965.

EL SAN PABLO, OBRA CULTURAL DE LA A. C. N. de P.



Una de las obras de mayor trascendencia socio-cultural de la A.C.N. de P. ha sido y sigue siendo el Colegio Mayor «San Pablo», enclavado en una de las zonas de mayor sabor universitario de Madrid, La Moncloa, próxima a la Ciudad Universitaria.

La inauguración de su monumental edificio, de estilo clásico, tuvo lugar el 7 de marzo de 1951, siendo presidente de la Asociación el ilustre propagandista don Fernando Martín Sánchez-Juliá.

El número total de alumnos que han pasado por él hasta el momento actual se eleva a 750, aproximadamente. Habiendo terminado sus carreras estando en el Colegio unos 600.

La composición aproximada por carreras ha sido la siguiente:

A) Facultades Universitarias (55%).

- 40% Derecho.
- 22% Ciencias.
- 11% Medicina, Farmacia y Veterinaria.
- 9% Filosofía y Letras.

B) Escuelas Téc. Superiores (45%).

- 23% Caminos.
- 22% Arquitectura.
- 15% Industriales.
- 15% Agrónomos.
- 6% Montes.
- 6% Navales.
- 5% Aeronáuticos.
- 4% Telecomunicación.
- 4% Minas.

Los fines de todo tar un gran espí formación r

Las oposiciones aprobadas por los colegiales pueden desglosarse de la siguiente manera:

- Inspectores Técnicos Fiscales (Timbre): 11.
- Abogados del Estado: 8.
- Catedráticos: 9.
- Inspectores Diplomados de Tributos: 4.
- Técnicos de Administración Civil y Local: 19.
- Letrados del Consejo de Estado y Cortes: 2.
- Ingenieros del Estado: 13.

El Colegio Mayor San Pablo está tradicionalmente situado entre los tres primeros puestos, según la clasificación hecha por el Ministerio de Educación y Ciencia, teniendo en cuenta las calificaciones medias de los estudiantes. El pasado curso quedó el segundo del Distrito de Madrid.

Económicamente, el préstamo para la Fundación del Colegio asciende a 40 millones de pesetas, de los cuales han sido pagados en intereses y amortizaciones 26 millones.

Desde un punto de vista social realiza una labor de promoción importante, pues a lo largo de su vida ha otorgado becas por valor de más de nueve millones de pesetas.

Su labor cultural es no menos importante, pues han pasado por sus aulas las personalidades científicas, políticas y religiosas de mayor relieve nacional e internacional, tratando los temas de más actualidad de nuestro tiempo.

Son famosos sus ciclos —de conferencias, musicales y teatrales—, en los que participan, en ocasiones, los propios alumnos.

La formación religiosa, como obra de la A.C.N. de P., adquiere rango fundamental, aunque, naturalmente, dentro del mayor respeto y la más absoluta libertad, de acuerdo con la decisión de cada uno.

En el curso que finaliza, la clausura adquirió especial relieve con la presencia de sus Altezas Reales los Príncipes Don Juan Carlos de Borbón y Doña Sofía, y a la que asistieron, además del presidente, numerosas y altas personalidades de la vida cultural y política de la nación.

Nos hallamos ante don Ernesto González, director del Colegio Mayor San Pablo, una de las instituciones más significativas de las creadas por la A. C. N. de P. Hombre joven, profundo humanista, experto conocedor de la psicología de la juventud universitaria y firme capitán de la «nave San Pablo», mantiene con indudable acierto la línea tradicional de superación, preclara herencia recogida de sus antecesores en el cargo ejecutivo que ocupa.

El Colegio Mayor San Pablo, con su larga historia, con su prestigio bien ganado en aras de una labor apostólica, es una institución cuyo supremo carácter es la convivencia y cuya máxima finalidad es la formación espiritual y humana del colegial. Esa y no otra es la misión de un Colegio Mayor. Y en este sentido el Colegio Mayor San Pablo ha sabido germinar y fructificar una juventud sana y espléndidamente dotada moral y culturalmente para sus futuros desempeños en la vida pública. Es, sin duda, una de las instituciones, entre las creadas por la Asociación, que más fidelidad ha demostrado a la tarea que le fue encomendada y es un hecho indudable cuán próspera ha sido y es la labor del Colegio, entregado cariñosamente a la tarea de fomentar en toda su dimensión el famoso adagio «mens sana et corpore sano», pues junto a la formación humanística también se ha preocupado de la forja de hombres capacitados para las lides del deporte, que es un factor psicológico que fortalece a quien lo práctica y le hace germinar la inapreciable virtud de «saber ganar y saber perder».

Ahora estamos situados frente a la mesa de despacho del director de esta gran obra. Le hemos interrumpido en su trabajo, siempre incesante, para hacerle esta entrevista, sin duda de vital interés para nuestros lectores del Boletín. Y él, cortesmente, suspende su labor y nos atiende solícito:

—¿C u á l es—preguntamos—la función primordial del Colegio, que le imprimen personalidad bien definida, y sus fines dentro de la Asociación?

—El Colegio Mayor es una de las instituciones típicamente españolas con tradición y originalidad. Se ha dicho un poco jocosamente, pero no sin acierto, que tal vez las dos únicas instituciones «exportables» de la Universidad son la tuna y el

Colegio Mayor deben ser: fomento convivencial y dar una íntegra humana al joven universitario

Ernesto González, director del Colegio, habla para el Boletín

Colegio Mayor; y es que, ciertamente, el Colegio Mayor es difícil de definir con fórmulas frías o números estadísticos. El Colegio se vive, y basta; y hay que vivirlo desde dentro. Posiblemente, la forma menos inadecuada de expresar lo que el Colegio Mayor quiere ser es atribuirle el calificativo de una "gran familia". Sólo en un ambiente convivencial intenso y diario durante muchos años seguidos se logra formar el subsuelo y la infraestructura para edificar sobre ello cualquier otro tipo de formación. Por eso, aunque externamente pueda parecerlo, todo Colegio, y muy especialmente el nuestro, es lo menos parecido a una institución hotelera o a una mera residencia.

—En este aspecto, ¿cuáles son las diferencias esenciales entre Universidad y Colegio Mayor?

—La Universidad, las Escuelas Técnicas, se dedican a la formación del estudiante, del abogado, del médico o del ingeniero; en una palabra: del profesional. Ahora bien, del hombre en cuanto persona que tiene problemas religiosos, exigencias culturales, sociales y políticas, de este hombre, no se preocupa nadie. Aquí es donde, justamente, la tarea de un Colegio Mayor se hace más urgente e ineludible. La formación humana integral de la persona sólo puede llevarse a cabo en un ambiente seleccionado y en un germen de cultivo convivencial, como el Colegio Mayor quiere y debe mantener en todo instante. Bien es verdad que la tarea de la formación universitaria de la juventud en su nivel más alto es difícil y exige entrega personal y medios necesarios para llevarla a cabo. Nuestro querido Colegio, con estas funciones generales específicas de todo Colegio Mayor, quiere imprimir unos perfiles marcados por sus estatutos fundacionales por la brillante tradición que le imprimieron los predecesores en la dirección, que con tanta entrega y esfuerzo han dado autenticidad al Colegio, y por la propia Asociación, que con su historia, con su presente, con hombres con plena dedicación y vocación universitaria, la dirigen en este momento, e integrados en el Patronato asesoran y alientan la función de la propia dirección del

Colegio. De forma específica y directa, en este curso se ha nombrado un vicepresidente para colaborar directa e inmediatamente en la labor formativa del Colegio, cargo que desempeña con una enorme ilusión, entusiasmo y entrega don Marcelino Oreja.

—¿Cuál es, concretamente, la aspiración básica de la Asociación en cuanto al Colegio?

—La Asociación pretende que del Colegio salgan minorías seleccionadas con una profunda formación cristiana con "capacidad de dirección y agudo sentido de justicia social y del bien común". En definitiva, como ha repetido nuestro presidente en varias ocasiones con un lenguaje actual: quiere formar hombres íntegros con vocación de vida pública.

—¿Actualmente, qué dificultades encuentra el Colegio en el desempeño de estas tareas?

—Estamos viviendo unos momentos centrados en torno a la Universidad y al mundo universitario. La juventud, por el hecho de serlo, y por las actuales circunstancias históricas que atravesamos, marcha a un ritmo de creciente aceleración, dispuesta a "quemar etapas". Hay, pues, que seguir este ritmo acelerado, aunque en algún momento pueda resultar difícil. Sin embargo, en el contagio de mutuas ilusiones, esperanzas y entusiasmos, se caldea constantemente el ánimo para marchar hacia los ideales que ciertamente orienta y dirigen toda nuestra actividad.

Mas creo que con esto no estoy contestando directamente a su pregunta. La ilusión y el entusiasmo es fundamental en todo lo que está más directamente ligado al Colegio. Pero hay otra serie de condicionantes mucho más prosaicos que limitan, cada vez más, nuestras ambiciones. La tarea formativa y de selección exige unos esfuerzos económicos que cada vez nos están siendo más difíciles lograr. Una institución formativa no sólo no puede concebirse como una empresa económicamente rentable, sino que por su propia índole exige una ayuda económica adecuada.

¿Sin embargo, la Fundación San

Pablo, creada el pasado año con este fin, no les ha resuelto este problema?

—No cabe duda que la puesta en marcha de la Fundación ha sido una gran idea que ha empezado a dar sus frutos. El Colegio Mayor tiene actualmente un veinte por ciento de becarios. Nuestro deseo sería que este número siguiera aumentando. A uno se le cae el alma a los pies cuando llegan solicitudes de jóvenes extraordinarios que a veces tienen que serles denegadas por carencia de medios económicos. Creo que todo el énfasis que se ponga en este punto es insuficiente para valorar la importancia de este hecho que con bastante frecuencia vivimos. Todos hemos observado con emoción que, en la recienca audiencia concedida por Su Santidad Pablo VI a la A. C. N. de P., nos exhortó a proseguir en nuestra labor con estas palabras: "Os confiamos una invitación anhelante: mirad y preparad con esperanza y amor a los jóvenes." ¡Cuánto nos preocupa que su ardor de vida se ilumine con una energía sobrenatural que trasluzcan con personalidad responsable su conciencia cristiana en la sociedad temporal; que acrecienten su educación cívica y política con un patriotismo abierto a la comunidad internacional, sin egoísmos ni violencias, en el respeto de la libertad y de la dignidad de las personas! Ninguna institución más adecuada al respecto que el Colegio Mayor de San Pablo para recoger y poner en práctica las ideas del Pontífice. Creo, en suma, que el Colegio Mayor está en la línea de su fundación.

Aquí culmina la entrevista. En ella, a través de las frases de su director, queda patentizada toda la magnitud creadora del Colegio: institución empeñada, noble y generosamente, a la más hermosa labor que jamás pueda concebirse: formar una juventud espiritualmente sana, plasmando su actuación con el estudio, aplicación y puesta en marcha en la vida pública española de las directrices de la jerarquía, en total identificación con la doctrina pontificia y posconciliar. El Colegio Mayor de San Pablo es forja de almas enteras, animadas de un impulso soberano, en vanguardia para conseguir un mundo mejor.

Políticas internacionales socioeconómicas para superar la pobreza

El presente trabajo estudia el problema de la pobreza en el mundo. Trata de las políticas socioeconómicas para superarla, en términos de gran sencillez, con una claridad meridiana y fue expuesto recientemente en el Congreso de Intelectuales Cristianos, celebrado en Filadelfia.

Su autor, Jan Tinbergen, es, sin duda, la autoridad máxima en cuestiones de planificación del desarrollo. Es profesor de la Netherlands School of Economics de Rotterdam y presidente de la Comisión para la Planificación del Desarrollo de las Naciones Unidas.

Las cuestiones planteadas en relación con el tema, en una forma abreviada, son:

- ¿Es realista continuar actuando como si el vacío entre ricos y pobres pudiera ser llevado a cabo dentro del presente sistema socio-económico?
- Si es concebible, ¿podemos identificar los factores que han hecho imposible alcanzar la escala de riqueza de los países pobres necesitados?
- Si no es posible, ¿podemos imaginar un sistema socio-económico en el que pueda ser posible?
- ¿Es, por ejemplo, necesario cambiar la presente preocupación con los problemas de seguridad de armamento antes de que pueda ser hecho un progreso real?
- ¿Tenemos que abandonar la creencia que es posible encontrar trabajo para todos los hombres?

Voy a dar respuestas a más de una de estas preguntas, que las considero básicas después de las ya mencionadas. Antes de hacer esto, quiero hacer algunas observaciones. Primeramente, yo creo que las materias sociales y económicas no se pueden separar. Entonces, creo que no debemos preguntar qué factores han sido obstáculos, sino cómo tiene que ser hecho el trabajo. Tercero, yo creo que no hay mucho que hablar sobre «el presente sistema socio-económico» como distinto de otro, desde que los sistemas que conocemos están siempre en movimiento. Desde luego, nos tenemos que mover más lejos, pero no veo ninguna posibilidad ni ninguna necesidad de contrastar dos sistemas hipotéticos. Esta es la razón por la que propongo

hablar sobre las políticas internacionales socio-económicas necesarias para superar la pobreza en el mundo y dentro de los países ricos. Y permítanme añadir inmediatamente que es necesario el establecimiento de fuertes medidas. Podemos decir, en términos que han aparecido contemporáneamente, que son necesarias las revoluciones, pero no quiere decir necesariamente violencia. Con suficiente sentido común y previsión podemos evitar la violencia, que por ella misma no resuelve ningún problema. Incluso en los casos en que la violencia es inevitable, el trabajo real empieza después de haberse hecho el cambio violento.

Las políticas que se necesitan son por su carácter internacionales; muchas deben ser hechas con muchas naciones y conjuntamente por una acción internacional concertada. Tenemos una multiplicidad de instrumentos de acción útiles y la mayoría de los que usamos son los mejores. Esto nos capacita para distribuir las presiones que se necesitan y, sin embargo, no para poner toda la presión sobre unos pocos lugares de nuestra sociedad internacional, que podría conducirnos a catástrofes.

Las ayudas de tal acción concertada internacional se refiere tanto a los pobres como a los llamados países ricos. Entre los últimos figuran los Estados Unidos, uno de los países más ricos del mundo, pero con algunos elementos del problema mundial: la diferencia entre sociedades desarrolladas y subdesarrolladas. La ayuda para reducir la pobreza es el problema socio-económico número uno. Hay otros problemas en el mundo desarrollado así como la aspiración de democratizarlo después. No debemos cometer la equi-

vocación de creer que la urgencia de estos problemas es comparable con la urgencia de combatir la pobreza. Entonces, hay además incluso un número de problemas en las comunidades ricas a causa de la abundancia, que juega una parte en la causación de nuestra crisis cultural. Algunos de ellos pueden ser solucionados precisamente concentrando la guerra contra la pobreza, la que dará otra vez sentido a la vida de algunos degenerados por la riqueza. Este aspecto es comparable con lo que experimentamos en Europa en la primera fase de la II Guerra Mundial: la salud de algunos grupos de gente rica mejoró porque comieron menos.

Una última observación sobre la importancia relativa de los problemas a que hacemos frente: mientras que el problema socio-económico número uno es combatir la pobreza, hay un problema político-militar número uno que es evitar la guerra nuclear, o planteándolo más positivamente, organizar la paz.

Después de estas observaciones introductorias quiero volver a plantear, y ahora más elaboradamente, las principales aspiraciones socio-económicas que deben cumplirse en los próximos diez años. Lo que se necesita es más —y bastante más— alimento «per capita» para la mayoría de la población mundial y un contenido mayor de proteínas de esos alimentos. Además se necesita mejor salud, mejores viviendas y mejor educación. La formulación de tales aspiraciones sin añadir números no vale mucho, sin embargo. Pero aquí está envuelto un problema: hay ciertos límites de lo que es posible. Las aspiraciones no pueden ser formuladas, sin embargo, sin estudiar extensivamente los medios. Provisionalmente permítanme decir que tiene que ser hecho tanto como sea posible. Voy a volver atrás a algunas cifras clave más tarde. Antes de hacer eso quiero añadir que todas estas cuestiones están siendo estudiadas ahora intensamente por todas las agencias de las Naciones Unidas y algunas otras organizaciones internacionales, incluso por un número de Universidades, institutos de investigación y escolares individuales.

ELIMINACION DE PRIVILEGIOS

La consecución de las aspiraciones mencionadas requiere una importante aceleración del desarrollo general socio-económico de las naciones en desarrollo, así como de los grupos subprivilegiados de los países ricos. En este proceso estarán agentes implicados todos los sectores de la actividad humana: no solamente los sectores económicos, como agricultura, fabricación, industria y sectores de servicios económicos, sino también los llamados sectores sociales, tales como educación, servicios de sanidad, seguridad social. Quiero decir de pasada que no veo una línea clara de división entre las dos principales categorías, pero permítanme dejar esto para una posible discusión.

Esta aceleración de desarrollo debe ser sustancial y requiere una larga lista de medidas y cambios en las actitudes de ambas naciones, las desarrolladas y en vías de desarrollo, y en la cooperación entre ellas.

Permítanme intentar y darles una idea de la clase de medidas y actitudes implicadas por la suma de las más importantes de ellas. Haré esto para las naciones en desarrollo y desarrolladas y para la cooperación internacional en el futuro.

La mayoría de los países en vías de desarrollo tendrán que modificar su estructura socio-política y su economía. Deben ser eliminados los privilegios, otorgados por tradición a algunos grupos. La redistribución de la propiedad de la tierra es un ejemplo, incluso que no puede ser siempre hecha aisladamente. Donde los sistemas de regadío estén implantados en grandes estados, su funcionamiento debe ser organizado deliberadamente si los estados se separan. La tasa de evasión debe ser abordada con fuerza, requiriendo cambios en las actitudes de los pagadores de tasas, cobradores de tasas y el gobierno.

Deben ser creados más estímulos económicos, a veces por una mejor política de precios para los productos alimenticios, o por una mejor extensión de los servicios para la agricultura, o por subsidios —en un período de transición— en el uso de fertilizantes. Otros ejemplos de la posible introducción de mayores estímulos son la liberalización de importaciones, así como la introducción de la competencia en el sector industrial. Los trabajadores deben ser estimulados por la disponibilidad de mercancías que sus mujeres quieren comprar.

Son necesarios cambios importantes en el sistema de educación. Un aspecto es el acceso a la educación de amplios grupos de población. Otro, la mejora de métodos de enseñanza. Menos aprender de memoria, más hacerlo uno mismo; menos actitudes de autoridad de los profesores, más discusión. Un relativo mayor peso tiene que ser dado al aprendizaje del trabajo después de la escolaridad inicial. Saber cómo

de las modernas empresas, bien sean extranjeras o nacionales, públicas o privadas, deben ser útiles, parte por cambio de actitudes vis-a-vis de tales empresas, parte creándolas a propósito.

Se necesitará mayor igualdad en el sistema socio-económico y puede ser adelantada por la introducción de tasas directas, especialmente sobre la riqueza, y extendiendo y extendiendo el alcance de la seguridad social.

Las políticas de población deben ser dirigidas a una reducción en la escala de nacimientos, a fin de disminuir el terrible enjambre de madres de familia, así como en la comunidad. El aumento de población durante los pasados veinte años ha sido un factor importante para bajar el progreso de ingreso «per capita». En este campo prevalecen muchas creencias tradicionales y casi supersticiosas. Seguramente la salida es ingeniosa, con otros aspectos importantes. La educación hacia una visión más madura está entre las difíciles tareas de los líderes espirituales en este campo. (Jhonson: 5 dólares en natalidad; 9.100 dólares en inversión) (1).

Mientras las tremendas tareas que incumben a las naciones en desarrollo para alcanzar las necesarias aspiraciones, virtualmente la población total —productores, educadores, padres y juventud—, una tarea muy clara cae bajo los hombros del gobierno y su administración. Desde que representan el poder supremo, sus responsabilidades son mayores, no únicas. En muchos aspectos, ellos tienen que dar ejemplo, lo que implica, en algunos casos, un cambio completo de actitud. Tendrán que incrementar las tasas y ahorros públicos, pero también su propia eficiencia, y tendrán que resistir tendencias hacia la corrupción.

Algunos de los escépticos entre ustedes se preguntarán si esto es posible. Se conocen muchos ejemplos de fracasos. Quiero hacer hincapié en que también existen importantes ejemplos de éxito y de valor individual y alta moral. Una cuidadosa lectura de este informe pone de relieve algunos ejemplos individuales. Estoy pensando en lo que han cumplido o están cumpliendo los individuales en misión avanzada. Existen también macro-números reflejando ya el éxito de países enteros en su esfuerzo por combatir la pobreza y futuro desarrollo. Aparte de la pasada historia del Japón —que ahora le consideramos desarrollado, pero que fue seguramente subdesarrollado— y de un número de países regidos por comunistas, también tenemos casos como Pakistán, Taiwan, Turquía y Méjico, por mencionar alguno. Se puede

(1) N. de la R.—Es cierto que los poderes públicos pueden intervenir llevando a cabo una información y adoptar las medidas convenientes con tal de que estén de acuerdo con las exigencias de la ley moral y respeten la libertad de los esposos. (Véase la En cíclica «Populorum Progressio», número 37.)

afirmar que la escala de average de crecimiento de todos los países en desarrollo en los últimos diez años ha sido entre 4,5 y 5 por 100 anual, que es mucho mayor de la que obtuvieron los ahora países desarrollados durante el siglo XIX.

MENOR CRECIMIENTO

La principal petición que se hace a los países desarrollados es que disminuyan su propio rápido crecimiento para ayudar a los países en desarrollo en su política. El argumento básico para formular esta petición es simplemente el común interés que todos tenemos de que este mundo no sea polarizado en una parte rica y otra pobre con un aumento del vacío (hoy en día un hecho, pero muy desafortunado). Tal polarización impondrá una polarización en las políticas reforzando actitudes extremistas, y puede ser la fuente de miseria. Hubo una amenaza de tal desarrollo en Europa occidental alrededor de 1900, conocida como el problema social. Creo que sería juicioso que introdujéramos en Europa medidas poderosas tendentes a despolarizar a nuestras sociedades en parte, resolviendo el problema social. Los medios usados fueron legislación social, impuesto de utilidades, el desarrollo de un sector público y aumento de tareas dadas a la comunidad. Hablando en sentido general, las desigualdades han disminuido desde entonces. Yo no digo que la solución haya sido completa. En Europa oriental, y más particularmente en la URSS, la polarización continuó. Se impuso una solución extremista. Hoy en día observamos que en algunos aspectos se desarrolla un movimiento opuesto, introduciendo algunas formas de descentralización que Europa occidental ha mantenido siempre. Quiero añadir que (Europa occidental introdujo también algunos elementos de la Europa oriental, especialmente elementos de «planning» y educación). Lo que causó una tremenda marcha atrás en Europa fueron dos pasos de muy diferente naturaleza, el nacionalismo y las dos guerras mundiales. Con referencia a esto, los Estados Unidos han sido y todavía son mucho más inteligentes; las mismas nacionalidades que llevaron a la guerra en Europa contra cada una, llevaron a vivir pacíficamente una junta a otra en los Estados Unidos.

Los tres principales medios de la política de desarrollo mundial requeridas de los países ricos para disminuir su escala de crecimiento son: a) transferencias financieras; b) transferencia de conocimiento, y c) política de comercio.

Las transferencias financieras, preferiblemente en forma de préstamos baratos, ayudaría a los problemas de la balanza de pagos de los países en desarrollo. Daré algunos datos más adelante.

Las transferencias de conocimiento, en muchas formas, ayudarán a los países en desarrollo a aumentar su eficiencia, bien sea por la capacidad de

los expertos, por la participación en riesgos comunes o por una abundancia temporal de educadores. Este medio de transferencia puede ser el más urgente. Porque la educación, en todas sus formas, necesita más tiempo que la inversión física, el problema más serio que existe en este campo en muchos de los países en desarrollo.

Las políticas de comercio deben reorientarse de tal manera que permitan a los países en desarrollo exportar sin obstáculos a los países desarrollados. Algunos de los productos que pueden ser producidos más baratos por los países pobres se están protegiendo ahora por los países ricos a escalas insostenibles. Son ejemplos algunos artículos textiles, azúcar y aceites, así como algunos productos semiacabados de madera de construcción y finalmente algunos productos de masa de metal. (Carne argentina: 40 por 100, coste; 60 por 100, comercialización.)

Puedo incluso decir de una manera general que la producción es más fuerte en muchos sectores para las mercancías elaboradas que para las no elaboradas, y esta estructura antielaborada de los derechos de importación perjudica a una división más racional de trabajo entre los países desarrollados y en desarrollo. Ir a la advocada contrapartida de las políticas de comercio consiste en una adaptación estructural de las economías de los países ricos para tal mejor división del trabajo. Como consecuencia, en algunas industrias el empleo puede caer. Pero estoy convencido que nuevos empleos pueden ser cerrados si permitimos la exportación en grandes cantidades de algunos de los productos mencionados a los países pobres. La razón para mi convicción es que ese aumento de exportaciones, junto con la más alta transferencia financiera por la que abogaba, aumentará el ingreso y la capacidad de importación de los países pobres, especialmente por categorías de productos en los que tenemos ventajas comparativas. Algunos ejemplos son: capital y búsqueda intensiva de productos; entre ellos, electrónicos y un número de mercancías especializadas.

LA FALTA DE VOLUNTAD DE LOS PAÍSES RICOS

Es esencial para el éxito de una política internacional de desarrollo que todo lo concerniente sea comprometido para aplicar los medios enumerados a los grados preacordados. Los números precisos de tales compromisos no son todos conocidos. Algunos han sido formulados provisionalmente; el ejemplo más conocido es la transferencia financiera del 1 por 100 del producto nacional bruto a precio de mercado, como fue formulada en la sesión de la UNCTAD de Nueva Delhi. Números cada vez más precisos resultarán del esfuerzo común de «planning» ahora en estudio con todas las agencias de las Naciones Unidas. Las

intenciones de aceptar tales compromisos han sido mínimas. Aquí tenemos un ejemplo de una peligrosa actitud, especialmente con los países desarrollados. Parece como si fueran a repetir, a nivel mundial, y en la esfera económica, el mal ejemplo regional, en la esfera político-militar, dada por Europa durante mucho tiempo. No hacer bastante hincapié en que el nacionalismo es el peor enemigo de la Humanidad. Desafortunadamente, los países socialistas están cometiendo la misma equivocación. Hablando como economista, quiero formular el duro núcleo de este problema de la siguiente manera. Por su naturaleza técnica algunos medios de política económica pueden ser efectivamente aplicados solamente al nivel internacional más alto. Aquí los economistas tienen un mensaje para los políticos, y no al revés. Los políticos que sostienen obstinadamente las decisiones nacionales son culpables de hacer daño, un daño importante, a los intereses de sus propias gentes. Mientras se ha obtenido gradualmente algún reconocimiento de este punto de vista a algunos niveles continentales (comercio de Europa occidental y política de inversión, por ejemplo), a nivel mundial muchos políticos quieren mantener la ley de la jungla.

Uno de los argumentos que usan muy a menudo muchos países desarrollados para excusar sus deficiencias es el déficit de su balanza de pagos. El argumento no es muy convincente y refleja precisamente la falta de voluntad para entregar una pequeña porción de su propio crecimiento. Para equilibrar la balanza de pagos es necesario una reducción de cualquier gasto en las mercancías internacionales a la extensión del déficit. Los gastos totales en estos productos son alrededor del 50 por 100 del ingreso nacional de la mayoría de los países. ¿Por qué aplicar la reducción especialmente en las transferencias de dinero a los países en desarrollo que representa una suma de menos del 1 por 100 del PNB, si hay un 49 por 100 en el que dicha reducción puede aplicarse? Porque evidentemente las naciones ricas no quieren entregar un 1 por 100 de gasto para sus propias necesidades, aunque éste aumente 3 por 100 cada año. Aquí tenemos un ejemplo de lo que debemos hacer si no queremos acabar en un desastre en un plazo de diez u once años.

En el campo de las transferencias financieras existe evidentemente una labor muy importante para el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo. Este Banco ha dado ya evidencia de su conocimiento para la posición de hoy. Ha adaptado sus políticas con vistas a los objetos que financian y con vistas a los métodos de financiamiento pedidos. Se ha movido, con alguna extensión, desde el proyecto financiado al programa financiado; ha introducido agricultura y educación en su dominio de interés y ha establecido la Asociación Internacional de Desarrollo, que facilita «cómodos préstamos». También ha llamado la aten-

ción a sus miembros para llenar los fundamentos de esta Asociación. Aunque le han sido pedidos un billón de dólares anuales, solamente ha obtenido 400 millones, y una de las primeras prioridades, sin embargo, es elevar el nivel de lo que se le ha pedido. También existen otros canales de transferencias financieras, y la UNCTAD II ha pedido, como ya he dicho, que los compromisos totales de los países desarrollados sean aumentados en un 1 por 100 de su PNB a precio de mercado. Todos los países deben tener materializada esta aspiración tan pronto como sea posible, pero no más tarde del año 1971, un compromiso hecho solamente por unos pocos países.

Extendiendo futuras transferencias financieras a los países en desarrollo debe ser evitada una situación en que el débito total de servicio llegue a ser demasiado pesado; se pide un nuevo esquema de tales servicios. En la esfera financiera son usados los nuevos derechos financieros creados por el FMI para financiar transferencias a los países en desarrollo.

El comercio en productos industriales y semifabricados de los países en desarrollo se les debe dar preferencias unilaterales pedidas por la UNCTAD en su sesión de Nueva Delhi. Aquí existe otra aspiración que tiene que ser colmada sin retraso. Con vistas a los productos elaborados agrícolas algunas veces puede ser adecuada una solución diferente, principalmente el ser sujetos de un compromiso o regulación de mercado del producto que van a elaborar. El número de los compromisos debe ser rápidamente extendido por los productos que muestren mercados inestables como consecuencia de su largo proceso de producción o la longevidad de los árboles que los producen. Son ejemplos el café, el coco, la goma y más productos. Para varios de estos productos la conclusión para una regulación de mercado puede no resolver el problema total de la inestabilidad de sus precios y se necesitará una financiación suplementaria como la propuesta por la UNCTAD I. En resumen, estos medios que si las ganancias de exportación de un producto son pequeñas para una razonable cantidad estimada por adelantado de mutuo acuerdo, serán necesarias cantidades suplementarias de cambio extranjero que pueden ser devueltas si la situación inversa se produce más adelante.

Serán necesarias medidas especiales, con relación al comercio, así como a las transferencias financieras, para los menos desarrollados entre los países en desarrollo y para los países cercados de tierra. La Carta de Argiers expresa la vista común de los países en desarrollo y se ha hecho algunos propósitos. Entre otras cosas, los países menos desarrollados tendrán derecho a proteger sus economías más que los demás países en desarrollo. Será posible una política constructiva con ocasión de la renovación del Tratado de Yaounde entre la Europa del Mercado Común y sus miembros aso-

ciados, la mayoría de los cuales pertenecen a los países menos desarrollados. Este Tratado es visto por muchos extraños como discriminatorio. Una manera de hacerlo menor sería extenderlo a todos los países menos desarrollados, de los cuales existen también en Latino América. Otro punto sería proseguir las preferencias de comercio a una cooperación más financiera y técnica.

La lista dada no es de ninguna manera completa. Pueden ser añadidos muchos más detalles. Un ejemplo es los detalles de las políticas agrícolas que han de llevarse a cabo; otro es el detalle de las transformaciones de educación que son recomendadas.

No voy a dar tales detalles en este informe para no sobrecargarle, pero lo puedo hacer durante la discusión, para una futura elaboración.

Verdaderamente es necesaria la comprobación si queremos hacer una política eficiente. Ninguna política de gobierno puede ser eficiente si no existe una comprobación regular de la extensión en que han sido alcanzados los objetivos. Este puede ser objeto de las actividades que quedan todavía por designar, comparable con las que ya existen a nivel regional y particularmente en el mundo occidental de la OECD con sus regulares exámenes de la política de los países.

GUERRA A LA POBREZA EN TODOS LOS FRENTEROS

Las políticas coherentes arriba indicadas requieren un grado más alto de cooperación entre las agencias internacionales y entre estas agencias y sus miembros. Esto ha sido comenzado en Addis Abeba en la reunión del Comité de Desarrollo de las Naciones Unidas, de una cooperación más estrecha para D.D.2. Todas las agencias han mostrado su ansiedad para cooperar en el paso preparatorio, desde ahora hasta mayo de 1970. Se espera que un subcomité del Comité Administrativo de Coordinación (ACC) de las Naciones Unidas pueda desarrollarse dentro de un cuerpo político para la acción concertada; la Asamblea se ha unido en varias ocasiones. Estamos aquí ante un real reto.

No he dicho mucho sobre las cifras, lo que debería haber dicho. En mi opinión, debemos acompañar cualquier intento de reto todos nosotros y emprender esta guerra contra la pobreza en todos los frentes. El último y más completo documento que tenemos hoy en día es el de la UNCTAD, documento TD 34 (y TD 34 suppl.).

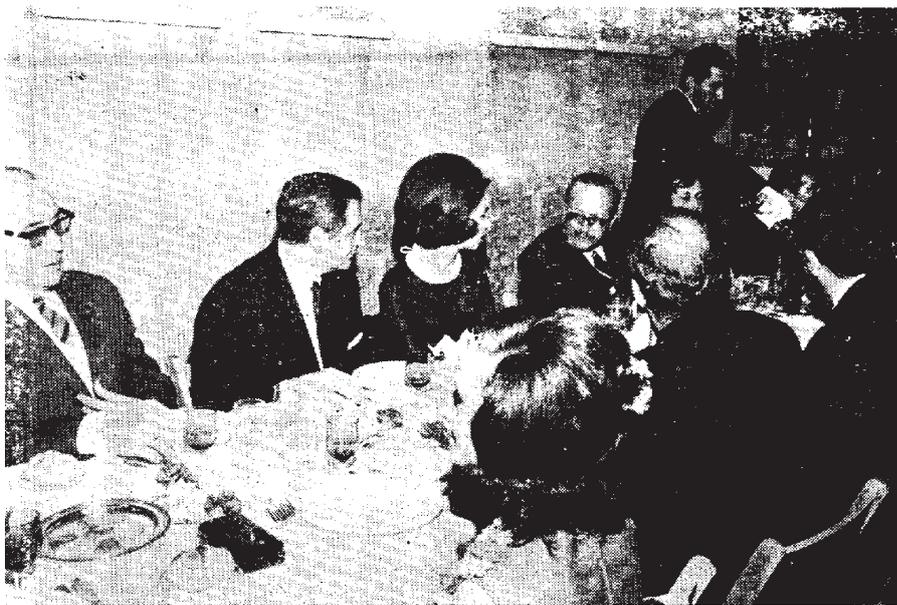
Estos son los datos de la UNCTAD; mi opinión es que puede y debe ser hecho mucho más por el Oeste. Pero no hay duda que tenemos que contribuir de una manera comparable a lo que hicimos y quisimos hacer en tiempo de guerra. Realmente no es coincidencia que hablemos sobre una guerra contra la pobreza.

Algunas palabras finales sobre la implantación de todas estas políti-

cas. Como dije al principio, es fútil discutir con estas políticas que estamos trabajando bajo un viejo o nuevo sistema socio-económico. Esta es una cuestión de palabras. Lo que nosotros necesitamos es acción; llámenlo el sistema que quieran. Las tareas han sido trazadas y serán descritas por las agencias internacionales; sin embargo, tendremos que permanecer en nuestro puesto. Las contribuciones que han de hacerse requieren renunciar a muchos privilegios, tomándoles menos fácilmente pero también dando más sentido a nuestras vidas. Dejemos aquí ser

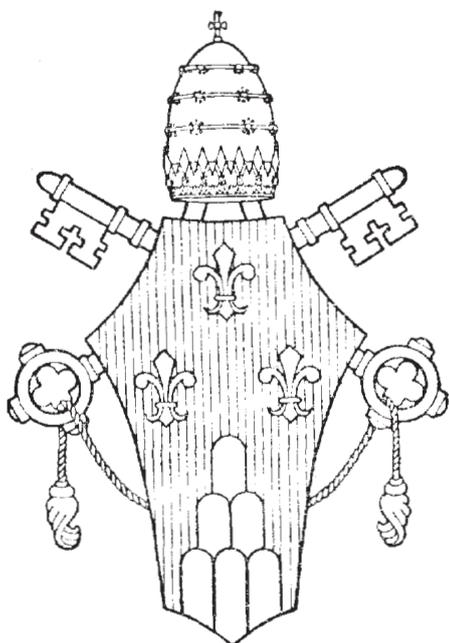
más libres en el modo en que hagamos nuestras contribuciones. Algunos trabajan mucho en los arbustos; otros piensan mucho. Algunos ganan dinero adicional para gastarlo en propósitos de desarrollo; otros refrenan el tabaco, la bebida o las dos cosas. Dejemos que algo de la simplicidad predicada por Ghandi sea parte de una nueva cultura. Esto debe llamarnos también a nosotros cristianos. Tenemos una gran labor que reformar: traer más felicidad a muchos, más igualdad, menos violencia, más entendimiento y confraternidad.

D. Juan Carlos y Dña. Sofía en el San Pablo



Sus Altezas Reales Don Juan Carlos y Doña Sofía, en la cena de clausura de Curso del Colegio Mayor «San Pablo»

Reflexiones en torno a la «Ecclesiam suam» y «Mysterium fidei»



Encíclica «Ecclesiam suam»

La «Ecclesiam suam» ha sido designada como una «Encíclica diferente» (S. Muniáin). Es una Encíclica programática de todo el pontificado de Pablo VI, que refleja su talante y actitud apostólica.

Es una Encíclica esencial y radicalmente pastoral. A algunos les pareció excesivamente sencilla desde el punto de vista teológico. Algo así como una plática de tono menor que el Papa dirigía al mundo. Pero estudiada profundamente se puede advertir en ella una gran **densidad doctrinal**, que se expresa en fórmulas sencillas, de estilo evangélico, porque su contenido ha sido asimilado en profundidad; es una Encíclica de **equilibrio admirable** que sabe integrar los aspectos aparentemente paradójicos del cristianismo («complexus oppositorum», según la célebre expresión del racionalista Har-

nack): **visibilidad y espiritualidad** de la Iglesia; libertad y disciplina; comunidad y jerarquía; santidad y necesidad de reforma; vida activa y vida contemplativa, etc. Es profundamente tradicional y abierta hacia el presente y más hacia el futuro de la Humanidad; es **firme** en la enseñanza y profesión de las verdades de la fe, pero **extraordinariamente sensible** ante la mentalidad, los problemas y las actitudes del hombre de hoy; es profundamente sobrenatural y plenamente humana; tiene la **flexibilidad del estilo dialogal y la firmeza y seguridad de la enseñanza dogmática**; **tiene un estilo de sencillez**, con un fondo de sublimidad iluminado por las luces del espíritu; es una Encíclica que refleja la madurez apostólica y la experiencia de la Iglesia y del mundo de Pablo VI y al mismo tiempo se presenta con la ingenuidad y la sencillez del que tiene mucho que aprender y recibir.

El tema del diálogo es un tema familiar a S. S. Pablo VI. En su Carta Pastoral sobre «El sentido religioso», dirigida a sus diócesanos de Milán, en la Cuaresma de 1957, hace la siguiente afirmación: «la Revelación anuncia el sentido religioso como vocación al diálogo con Dios».

El esquema de la Encíclica «Ecclesiam suam» es muy sencillo: después de una breve introducción, la Encíclica se divide en tres partes: I, Profundización de la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma; II, La renovación de la Iglesia; III, El diálogo.

El tema central de la Encíclica no es el diálogo, sino la **Iglesia en actitud de diálogo**, que, después de haber profundizado en la conciencia que ella tiene de sí misma y de renovarse para responder mejor a los planes de Dios, se abre al mundo y a todos los hombres para transmitir el mensaje del Evangelio.

Pablo VI, como profundo conocedor de San Pablo, ha hecho el centro de su vida y de su ministerio apostólico, antes y después de subir al Solio Pontificio, el «misterio de Cristo», de ahí que haya sido el apóstol de la Iglesia a través de la cual se realiza el plan de Dios para la salvación del mundo,

incorporando a los creyentes en el Cuerpo Místico de Cristo.

Esta doctrina sobre la Iglesia «constituye hoy día el tema más interesante que otro ninguno de la reflexión de quien quiere ser dócil a Cristo». Esta afirmación constituye el pórtico de la Encíclica «Ecclesiam suam».

Primera Parte

Pero la consideración de la Iglesia, en la «Ecclesiam suam», no se plantea de una manera abstracta y atemporal, sino que se proyecta con sentido histórico sobre las realidades del mundo actual.

Hay observaciones finísimas de psicología pastoral en esta primera parte de la Encíclica: «... peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración...»; alusión al «fenómeno modernista... de predominio de las tendencias psicológico culturales propias del mundo profano sobre la fiel y genuina expresión de la doctrina y de la norma de la Iglesia de Cristo»; análisis de la tendencia del hombre moderno al conocimiento reflejo de la verdad en el interior de la propia conciencia; alusión a los estudios eclesiológicos modernos y especialmente a las enseñanzas del Concilio Vaticano I y a las grandes Encíclicas de León XIII («Satis cognitum», 1896) y de Pío XII («Mystici Corporis Christi», 1934).

Alusión muy significativa a la posición del Papa respecto del Concilio Ecuménico: «Queremos dejar ahora a tan elevada y autorizada asamblea en libertad de estudio y de palabra, reservando a nuestro apostólico oficio de maestro y de pastor, puesto a la cabeza de la Iglesia de Dios, el momento de expresar nuestro juicio, contentísimos si podemos ofrecerlo en nuestra conformidad con el de los Padres Conciliares» (cf. P. G. Caprile, S. J., «Il Concilio Vaticano II», terzo periodo, Roma, Ed. La Civiltà Cattolica, páginas 474 y siguientes).

Es curioso destacar que Pablo VI en este Documento centra el misterio de la Iglesia en la doctrina del Cuerpo Místico: «el primer fruto de la conciencia profundizada de la Iglesia so-

bre sí misma es el renovado descubrimiento de su relación vital con Cristo». No recoge otra figura de la Iglesia que ha ocupado un puesto tan importante y destacado en la Constitución «Lumen Gentium»: «Pueblo de Dios». Son conocidas las razones por las que fue aceptado por los Padres Conciliares un capítulo especial dedicado al estudio de la Iglesia como «Pueblo de Dios»: continuidad del pueblo de Israel en la Iglesia; aspecto histórico y peregrinante de la Iglesia; igualdad esencial de todos los miembros del Pueblo de Dios; apertura al diálogo ecuménico con las Iglesias separadas por la Reforma. Pero con la perspectiva de los años transcurridos después del Concilio ha podido advertirse que una interpretación excesivamente sociológica, de signo claramente democrático y anti-jerárquico, con olvido o preterición de su aspecto «místico» de relación vital con Cristo y a través de Cristo con todos los miembros incorporados a él, ha presentado serios problemas en el plano de la acción pastoral. Esta realidad pone de mayor actualidad la posición pastoral de la «*Ecclesiam suam*», que subraya la relación vital de la Iglesia con Cristo. Hemos de partir de la idea fundamental de la que ha partido el Concilio al estudiar el misterio de la Iglesia: la Iglesia, como misterio y como realidad visible, es tan rica de matices que no puede ser expresada íntegramente por ninguna definición lógica, ni tampoco por ninguna figura o metáfora.

Existe el peligro de oscurecer el aspecto místico y sobrenatural de la Iglesia por un exceso de sociologismo, que es una forma de naturalismo; como en otras épocas el exceso de juridicismo y de institucionalismo visible ocultó este aspecto sobrenatural.

Es muy importante atender a esta integración de los diversos aspectos del misterio eclesial con la ponderación de la Encíclica «*Ecclesiam suam*» y el Concilio Vaticano II en la «*Lumen Gentium*».

Destaquemos dos orientaciones de Pablo VI en esta primera parte de la Encíclica: la necesidad de la vida interior, «... como el gran manantial de la espiritualidad de la Iglesia, su modo propio de recibir las irradiaciones del Espíritu de Cristo, expresión radical institucionable de su actividad religiosa y social y renaciente energía de su difícil contacto con el mundo profano»; y la significación del sacramento del Bautismo: «... es necesario volver a dar toda su importancia al hecho de haber recibido el Santo Bautismo, es decir, de haber sido injertado, mediante tal Sacramento, en el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia».

Segunda Parte

La segunda parte de la Encíclica está consagrada a la renovación de la Iglesia. Esta renovación exigida por el Papa y por el Concilio podríamos defi-

nirla, siguiendo a la misma Encíclica, como «el esfuerzo realizado por la Iglesia para corregirse de aquellos defectos que denuncia y refleja la conciencia que tiene de sí misma, como Esposa Santa e Inmaculada de Cristo, en contraste con la realidad que ella presenta».

Es muy importante la observación de la Encíclica: «la reforma» no puede referirse ni a la concepción esencial, ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia católica. La Iglesia, en cuanto a institución divina, es santa e indefectible: «no podemos acusar de infidelidad a nuestra amada y santa Iglesia de Dios, pues tenemos por suma gracia pertenecer a ella y sube a nuestra alma el testimonio que de ella viene «que somos hijos de Dios» (Rom., 8, 16)». Es decir, únicamente en cuanto formada por hombres la Iglesia es pecadora y débil y por tanto necesita reforma.

El Papa acepta, en su sentido recto, como después el Concilio Vaticano II, el lema de los reformadores protestantes «*Ecclesia semper reformata, semper reformanda*». Pero conviene tener en cuenta algunas observaciones que el propio Papa hace en la Encíclica: los peligros del conformismo (adaptación de la Iglesia a las concepciones profanas de la vida: en el campo filosófico y en el campo práctico); el naturalismo (que amenaza vaciar la concepción original del cristianismo); la renovación por vía carismática.

En este sentido de reforma conviene también tener en cuenta algunas observaciones de algunos grandes teólogos de nuestro tiempo: la reforma tiene sus momentos fuertes, pero «... un elemento de insatisfacción permanente, de perpetuo problematismo, mina las fuerzas del espíritu público; esto es lo que hizo la crítica en el siglo XV con la conciencia católica, que, en muchos casos, se derrumbó fácilmente al choque de la Reforma» (Congar: «Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia», pág. 127); «... dudo que la atmósfera en que nos meten los escritos, congresos, sermones, etc., inspirados por la dialéctica barthiana de una Iglesia ocupada siempre en acusarse a sí misma, en negarse a sí misma, en vaciarse a sí misma de existencia para que sólo el Señor tenga toda la gloria, haya sido la atmósfera de las comunidades apostólicas... cuando inquiero en los documentos, cuando releo, por ejemplo, las Epístolas a Timoteo, veo una Iglesia que interroga a su propia tradición, recibida del Señor, con gran seguridad respecto a su fidelidad propia de la Iglesia...» (ibid., págs. 339 y 340). Existe el peligro de una «crisis de neurastenia colectiva», que para los contagiados por ella «todo se convierte en materia de denigración... todo recibe una interpretación peyorativa... el gemido de la plegaria se ha convertido en recriminación exclusivamente humana» (cf. De Lubac, «Meditación sobre la Iglesia», págs. 257-259).

El Papa recoge, dentro de este aspecto de la reforma, el concepto y la

palabra «aggiornamento»; es decir, una readaptación de las formas contingentes y accidentales de la Iglesia y que podríamos definir siguiendo al propio Papa, en otro documento, como «la relación entre los valores eternos de la vida cristiana y su inserción en la realidad dinámica, hoy tan singularmente mudable, de la vida humana» (cf. discurso 7 de septiembre de 1963). Pero la verdadera renovación de la Iglesia debe partir siempre del interior:

«La Iglesia volverá a hallar su renaciente juventud, no tanto cambiando sus leyes exteriores cuanto poniendo interiormente su espíritu en actitud de obedecer a Cristo y, por consiguiente, de observar aquellas leyes que ella, en el intento de seguir el camino de Cristo, se prescribe a sí misma: aquí está el secreto de su renovación, aquí su «metanoia», aquí su ejercicio de perfección.»

Conviene evitar, en relación con la reforma de la Iglesia, un doble peligro: el de la reforma exclusiva de la interioridad, sin caer en la cuenta de la profunda observación del P. Congar de que «... existe una relación profunda entre un evangelismo de pensamiento o de conducta y un evangelismo de estructuras, de condiciones o de estilo de vida» (ibid., pág. 138); y una reducción de la reforma a puras formas externas, a cambios en las leyes y en las costumbres, no vinculados directamente a la reforma interior.

El Papa concreta esta necesidad de la reforma en dos aspectos fundamentales: espíritu de pobreza y espíritu de caridad. Termina presentando a la Santísima Virgen como «el modelo de la perfección cristiana».

Tercera Parte

El impulso interior de caridad que tienda a hacerse don exterior de caridad en la evangelización de los hombres es llamado por el Papa con el nombre de «diálogo».

La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir.

La Iglesia se hace palabra, mensaje, coloquio.

El ejemplo de los últimos Papas.

La religión es una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa con diálogo esa relación.

La Revelación puede ser representada en un diálogo por el cual el Verbo de Dios se expresa en la Encarnación y en el Evangelio.

El coloquio entre Dios y el hombre, interrumpido por el pecado original, ha sido reanudado maravillosamente en el curso de la historia.

La historia de la salvación narra este largo y variado diálogo entre Dios y el hombre.

En la conversación de Cristo con los hombres es donde Dios da a entender algo de Sí mismo y cómo quiere ser conocido: como Amor; y cómo quiere ser honrado y servido: Amor es nuestro mandamiento supremo.

Para comprender qué relación debe la Iglesia tratar de establecer y de promover con la Humanidad, hace falta que tengamos siempre presente esta inafable y dialogal relación ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo, en el Espíritu Santo.

No corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el diálogo de la salvación sin esperar a ser llamados, ya que fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: «El nos amó el primero» (I, Jo., IV, 10).

Como el diálogo de la salvación nació en la caridad de la bondad divina («De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito», Jo., III, 16), así también un amor ferviente y desinteresado debe impulsar nuestro diálogo.

Nuestro diálogo debe ser sin límites y sin cálculos.

Nuestro diálogo, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presentará armado de coacción externa, sino que solamente por los caminos legítimos de la educación humana, de la persuasión interior, de la conversación ordinaria, ofrecerá su don de salvación, respetando siempre la libertad personal y civil; así como el diálogo divino de la salvación no obligó físicamente a ninguno a acogerlo, sino que fue un formidable requerimiento de amor, el cual, si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió, les dejó, sin embargo, libres para cogerlo o rechazarlo.

Nuestro diálogo debe ser, en lo posible, universal, es decir, católico y capaz de entablarse con cada hombre, a no ser que él mismo lo rechace o finja insinceramente acogerlo.

Nuestro diálogo tendrá en cuenta la lentitud de la maduración psicológica e histórica y la espera de la hora en la que Dios lo haga eficaz.

Nuestro diálogo no diferirá para mañana lo que pueda hacer hoy, sino que debe tener el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo.

Nuestro diálogo debe volver a empezar cada día; y antes de parte nuestra que de aquellos a quienes se dirige.

La mejor forma en que puede representarse la relación entre la Iglesia y el mundo, sin cerrar el camino a otras formas legítimas, es el diálogo.

El diálogo no podrá ser evidentemente uniforme, sino adaptado a la índole del interlocutor y a las circunstancias reales.

El diálogo viene sugerido por la costumbre, ya difundida, de concebir así las relaciones entre lo sagrado y profano, por el dinamismo transformador de la sociedad moderna, por el pluralismo de sus manifestaciones, así como también por la madurez del hombre, religioso o no, capacitado por la educación civil de pensar, y de hablar y de tratar con la dignidad del diálogo.

El diálogo manifiesta, por parte de quien lo entable, un propósito de co-

rrección, de estima, de simpatía y de bondad.

El diálogo excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la vanidad de la conversación inútil.

El diálogo, aunque no trata de obtener de inmediato la conversación del interlocutor, porque respeta su dignidad y su libertad, busca, sin embargo, su provecho y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones.

Este diálogo supone el estado de ánimo del que siente dentro de sí el peso del mandato apostólico, del que se da cuenta que no puede separar su propia salvación del empeño por buscar la de los otros, del que se preocupa continuamente por poner el mensaje de que es depositario en la circulación de la vida humana.

El diálogo es un modo de ejercitar la misión apostólica.

El diálogo es un acto de comunicación espiritual.

Los caracteres de este diálogo apostólico son los siguientes:

- La claridad.
- La habilidad.
- La confianza.
- La prudencia pedagógica.

El diálogo así conducido realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor.

El diálogo nos descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la luz de la fe y cómo es posible hacerlos converger al mismo fin.

La dialéctica de este ejercicio de pensamiento y de paciencia (que supone el diálogo) nos hará descubrir elementos de verdad aun en las opiniones ajenas, nos obligará a expresar con gran lealtad nuestra enseñanza y nos dará mérito por el trabajo de haberlo expuesto a las objeciones y a la lenta asimilación de los otros.

El diálogo nos hará sabios, nos hará maestros.

Las formas del diálogo de la salvación son muchas.

El clima del diálogo es la amistad; más todavía, el servicio.

Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto a nuestro compromiso con la fe.

El irenismo y el sincretismo son en el fondo formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la Palabra de Dios.

Sólo el que es totalmente fiel a la Doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol.

La Iglesia debe estar dispuesta a sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad dentro y fuera de su propio ámbito.

La Iglesia tiene un mensaje para cada categoría de personas.

Los interlocutores de la Iglesia:

- La humanidad en cuanto tal.
- Los que creen en Dios.
- Los hermanos cristianos.
- Los católicos.

El diálogo con los ateos.

El diálogo con los comunistas.

El diálogo ayuda a la causa de la paz.

El diálogo, en la Iglesia, no suprime el ejercicio de la virtud de la obediencia.

El Papa anima y bendice a todos los que participan, bajo la dirección de la competente autoridad, en el diálogo vitalizante de la Iglesia.

Encíclica

«Mysterium fidei»

La Encíclica «Mysterium Fidei» constituye una manifestación del sentido de responsabilidad pastoral de Pablo VI como maestro y testigo de la fe de la Iglesia de Cristo.

La Eucaristía constituye el corazón de la vida de la Iglesia, la fuente de su vitalidad sobrenatural. «Atentar al misterio eucarístico es atentar a la vida de la Iglesia de Cristo» (Cardenal Parente, «Homilía en la concelebración eucarística del VII Congreso Eucarístico Nacional de Sevilla»).

Es muy conocida la razón o motivación que indujo al Sumo Pontífice a escribir su Encíclica «Mysterium Fidei»: las nuevas interpretaciones y las nuevas expresiones teológicas que han tratado en los últimos tiempos de comprender y de formular de manera más asequible a la mentalidad del hombre moderno y más de acuerdo con las nuevas teorías científicas la significación del misterio eucarístico; pero que no siempre —salvando la intención apostólica de los teólogos que las han propugnado— han sabido conservar intacto el contenido de la fe de la Iglesia en la presencia real de Jesús en la Eucaristía o por lo menos han suscitado dudas y equívocos en la conciencia del pueblo creyente.

En la Homilía pronunciada por Su Santidad Pablo VI en el Congreso Eucarístico Nacional de Pisa el 10 de junio de 1965, proclamó con firmeza y precisión, «para disipar algunas dudas surgidas estos últimos años de la tentativa de dar interpretaciones evasivas a la doctrina tradicional y autorizada de la Iglesia», la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Es posible que, en los siglos posteriores a la Reforma, la teología católica, al referirse al misterio eucarístico, se haya centrado con cierta exclusividad en la afirmación de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, por la conversión, en virtud de las palabras de la consagración, de la substancia del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre del Señor, dejando tal vez en la penumbra la dimensión eclesial y comunitaria de la Eucaristía, como sacramento de la unidad de la Iglesia, y cuyo efecto propio, como afirma Santo Tomás, es la unidad del Cuerpo Místico. Pero ahora ha surgido otro peligro, como reacción, y también por un deseo de acercamiento ecuménico, de

acentuar esa dimensión comunitaria y de subrayar el aspecto de signo de la Eucaristía dejando en la penumbra la presencia real. Pero existe una íntima relación entre estas realidades y significaciones del misterio eucarístico: «... ¿cómo, en efecto, podría estar la Iglesia realmente edificada, cómo todos sus miembros podrían estar en un organismo realmente uno por medio de un Sacramento que no encerrase, sino en puro símbolo, a aquél de quien la Iglesia debe ser cuerpo y de quien únicamente puede venir la unidad?... presencia real, por ser origen de realidades» (cf. P. De Lubac, «Corpus mysticum, L'Eucharistie et l'Eglise au moyen âge», París, 1944, págs. 289 y siguientes). La Iglesia, repetiremos con el Cardenal Journet, a medida que avanza en el tiempo, experimenta la necesidad de estrecharse más alrededor de la presencia eucarística (cf. «La Misa. Presencia del sacrificio de la Cruz», pág. 286).

La Encíclica «Mysterium Fidei» comienza con un bellísimo preámbulo sobre la importancia de la Eucaristía en la vida de la Iglesia transcribiendo un párrafo de la Constitución Conciliar, «Sacrosanctum Concilium», en donde se recoge apretadamente una síntesis de la teología de la Eucaristía.

El Papa habla a continuación de «motivos de grave solicitud pastoral y de ansiedad», haciendo referencia a los que «... divulgan ciertas opiniones acerca de las Misas privadas, del dogma de la transubstanciación y del culto eucarístico, que turban las almas de los fieles...».

El gran peligro de la fe

El Papa reconoce el deseo apostólico que ha guiado a los que han formulado esas nuevas teorías de «escrutar y desentrañar las riquezas inagotables de tan gran misterio y descubrir su sentido a los hombres de nuestra época», pero añade a continuación con energía: «... no podemos aprobar las opiniones que defienden, y sentimos el deber de avisar del gran peligro que esas opiniones constituyen para la recta fe».

El Papa previene contra el racionalismo teológico afirmando, ante todo, que la Eucaristía es un misterio de fe (citas de León XIII, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás, San Agustín).

El Papa rechaza la opinión difundida por algunos de que las fórmulas dogmáticas usadas por los Concilios Ecueménicos sean inadecuadas a los hombres de nuestro tiempo y deben ser empleadas otras nuevas.

Las fórmulas que la Iglesia se sirve para proponer los dogmas de la fe «expresan conceptos que no están ligados a una determinada forma de cultura ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teo-

lógica, sino que manifiestan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia y lo expresan con adecuadas y determinadas palabras, tomadas del lenguaje popular o del lenguaje culto. Por eso resultan acomodadas a los hombres de todo tiempo y lugar». Es decir, el Papa plantea uno de los grandes problemas teológicos que se han suscitado en los últimos tiempos: hasta qué punto las fórmulas utilizadas por el Magisterio de la Iglesia en sus definiciones dogmáticas expresan adecuadamente la realidad que pretenden enseñar y hasta qué punto queda vinculada la fe del creyente, al correr de los tiempos, con la misma fórmula utilizada; y, si es posible, distinguir entre el contenido real de la fe y las expresiones del lenguaje humano con que aquél ha sido proclamado por la Iglesia. Las orientaciones de la encíclica nos pueden ayudar al esclarecimiento de esta problemática tan difícil: es evidente que en cuanto instrumento humano el lenguaje, aunque sea utilizado por el Magisterio de la Iglesia, con la asistencia del Espíritu Santo, no puede agotar todo el contenido de la realidad que trata de expresar, y en este sentido es imperfecto y limitado; pero también hay que afirmar que esos términos y conceptos en que se formulan las verdades de la fe no se hallan subordinados a una determinada forma cultural o a una determinada teoría científica, ni a la opinión de una escuela teológica discutible, sino que esos elementos humanos mudables y contingentes, se subordinan e instrumentalizan al servicio de la revelación y expresan una realidad permanente e inmutable. Esto no quiere decir que esos términos no puedan ser más precisados en el futuro, ni que su contenido no pueda ser profundizado por la Iglesia, en un movimiento de evolución progresiva de nuestro conocimiento de la revelación, con la iluminación del Espíritu Santo. Pero conviene dejar muy bien sentado que aunque los Padres de un Concilio o los Pontífices que formularon las verdades de la fe a través de los siglos estaban condicionados por la cultura y el lenguaje de su tiempo, el contenido de sus enseñanzas no se hallaba condicionado por los mismos, sino que la asistencia del Espíritu Santo daba un valor permanente a sus enseñanzas. El problema grave que se plantea, desde un punto de vista pastoral, es el de distinguir adecuadamente, como afirmó Juan XXIII, entre la sustancia del «depositum fidei», es decir, de las verdades que contiene nuestra venerada doctrina y... la manera como se expresa. El peligro es el de alterar el sentido del contenido de las fórmulas al tratar de conseguir una mayor inteligencia de las mismas o de expresarlas en otros términos más acomodados al lenguaje de nuestro tiempo: «Se debe siempre retener el sentido que la Santa Madre Iglesia ha declarado una vez para siempre, y nunca es lícito alejarse de ese sentido bajo el especioso pretexto de más profunda inteligencia»

(Concilio Vaticano I, Const. Dogm. «De fide cathol.», cap. 4).

Presencia real

La encíclica, recogiendo las enseñanzas de la tradición, afirma que el misterio eucarístico se realiza en el sacrificio de la Misa, y que en este sacrificio Cristo se hace realmente presente. Recoge a continuación la doctrina del Concilio de Trento sobre la presencia real de Cristo después de la consagración, afirmando que tal presencia se llama «real», no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y Hombre, entero e íntegro.

Reconoce la importancia que en la Eucaristía, como en todo sacramento, tiene el aspecto de «signo», que simboliza la unidad de la Iglesia; pero este aspecto no explica, ni expresa, «la naturaleza del sacramento por la cual este se distingue de los demás».

Merece citarse a este respecto la observación del Cardenal Parente en el Congreso Eucarístico de Sevilla: «... aquí la razón de signo no es lo fundamental; al menos no podemos entenderla al modo como se da en los demás sacramentos. Por lo mismo, ese simbolismo que en los demás sacramentos tiene un peso y un valor fundamental, en el hecho eucarístico tiene un valor cuasi extrínseco que afecta sólo a las especies. En su realidad intrínseca prevalece la realidad sustancial de Cristo presente y operante».

Culto Eucarístico

La encíclica «Mysterium Fidei» reafirma la doctrina y la fórmula del Concilio de Trento, que recogió el eco de la tradición, de la Iglesia docente y orante sobre la conversión «de toda la sustancia del pan en su cuerpo y de toda la sustancia del vino en su sangre; conversión admirable y singular a la que la Iglesia católica justamente con propiedad llama transubstanciación».

El P. Schillebeeckx, en una conferencia que pronunció en Roma durante la última sesión conciliar, después de un análisis de la enseñanza dogmática del Concilio de Trento sobre la «transubstanciación», llega a la conclusión de que «... a pesar de que los Padres Conciliares de Trento pensaban en categorías aristotélicas, el dogma mismo no tiene nada que ver con las categorías de sustancia y accidente de Aristóteles...». (Cf. «Selecciones de Teología», núm. 18, abril-junio 1966, página 138).

El Papa insiste sobre el culto laicótico debido al sacramento eucarístico después de la Misa. Y termina con una exhortación para promover el culto eucarístico.

El Papa ha hablado de España

TESTIMONIO DE FIDELIDAD Y ADHESION AL PAPA

REFLEXION SERENA DE LAS PALABRAS DEL PAPA

Lo importante es recoger la lección paternal que el Vicario de Cristo nos dirige con amor pastoral. Esto exige una reflexión serena y humilde de sus palabras, proyectándolas sobre nuestras realidades actuales.

Tres graves preocupaciones sobre la situación de la Iglesia en España revelan las palabras del Papa:

- Las exigencias de la justicia social y del respeto a los derechos de la persona humana.
- Las actitudes del clero.
- La provisión de las sedes episcopales y la acción pastoral de los obispos.

Pero estos problemas no son temas polémicos —yo creo que nada más ajeno a la intención del Papa que la de suscitar cuestiones que puedan dividirnos más a los católicos españoles—, sino temas de estudio profundo, de examen de conciencia personal y colectivo, de actuaciones serias y comprometidas por parte de todos, pero siempre con espíritu de diálogo y de colaboración, de fortaleza y de firmeza, pero sin amargura ni resentimiento, sino con amor hacia todos.

El fariseísmo que acusa a los demás es una tentación permanente de los cristianos, de los que se creen mejores que los demás porque no saben ver —no sabemos ver— nuestros propios defectos, nuestras injusticias y claudicaciones. Los pecados y las injusticias que nos irritan son los que vemos cometer a los demás, no los que cometemos nosotros.

La gran tragedia de nuestra Patria y de nuestro catolicismo es la de que todo se nos va en polémicas estériles, en críticas envidiosas y maliciosas. Si el Concilio ha sido algo, ha sido una gran llamada a la unidad de los cristianos entre sí, a la unidad de los fieles con sus pastores, a la unidad del clero con su obispo, a la unidad de los obispos entre sí y con el Papa. ¿Y cómo, paradójicamente, ha podido servir de pretexto la aplicación pastoral del Concilio para que se acentúen las divisiones entre los hijos de la Iglesia, con escándalo para los fieles sencillos y para los que nos contemplan desde fuera?

Recogemos a continuación algunas palabras de aquel gran cardenal español, el cardenal Gomá, escritas en enero de 1938, en plena guerra civil, que tienen una especial actualidad en estos momentos:

«La mayor parte, dicen los filósofos, atrae a sí a la menor. La parte mayor —mayor que cualquier todo humano cuando se trata de su propio gobierno espiritual del mundo— la tiene el Papa, es el Papa. El es el Padre, el Maestro, el Vicario de Cristo, el Juez, el que



Pablo VI

pronuncia los veredictos en el orden de doctrina y de la moral: sobre todo, es el Juez inapelable de sus propios actos, de los que sólo deberá dar cuenta al Supremo Juez, que le hizo el más alto partícipe de sus juicios.

A nosotros, a las agrupaciones particulares, sean partidos o naciones, nos toca inclinarnos ante la voz y el gesto del Papa, con la seguridad de que al hacerlo trabajamos por nuestro propio bien, por cuanto el Papa, en sus últimas resoluciones, jamás vulnera los intereses de nadie; antes fomenta las ansias legítimas de todos.

Así, el Papa estará siempre con nosotros, porque nosotros estaremos con el Papa.»

Y más adelante continúa:

«Por eso nos atrevemos a añadir que todo ataque a la autoridad, al prestigio, a la influencia del Pontífice romano —del Vaticano, según la expresión vulgar— es crimen de lesa España.»

En estos momentos, en que es tan «contestada» la autoridad del Papa por tantos hijos de la Iglesia, y no sólo por laicos, y en que decrece, en apariencia, su poder en el plano jurídico, debemos profundizar más en la doctrina teológica y en la visión sobrenatural de lo que es el Papa para la Iglesia de Cristo: «... el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, así de los obispos como de la multitud de fieles», nos enseña el Concilio Vaticano II (cfr. Const. «Lumen Gentium», núm. 23, 1.º).

Sería suicida para nosotros disminuir un ápice, bajo pretextos humanos, nuestra fidelidad inquebrantable y absoluta al Papa, «el dulce Cristo en la tierra», porque sería tanto como separarnos del centro de nuestra unidad, del fundamento de nuestra fe, de la piedra sobre la que se ha edificado la Iglesia, de Jesús, cuyo Vicario en la tierra es el obispo de Roma.

El mensaje de Su Santidad Pablo VI dirigido a España, saturado—nadie lo puede dudar—de «paternal afecto» e «indulgente comprensión», debe hacernos reflexionar a todos sobre nuestra conducta, no todo lo apostólica que debe ser en las diversas facetas de nuestra vida: familiar, profesional, convivencial con nuestros semejantes. El Papa siempre ha demostrado su inquietud por nuestra nación, como por todas las naciones del mundo, en el orden de actividad eclesial, de entrega profunda dedicado a la promoción de la justicia social y a colaborar intensamente en la propagación de la fe y en la consolidación de la paz y del Reino de Dios. Sepamos meditar intensamente sobre estas afectuosas reconveniones del Vicario de Cristo y aceptémoslas humildemente, sin que nos ciegue el virus del orgullo humano, tan consustancial con nuestra propia naturaleza. Acatamos con fe profunda—irradiada de nuestro amor a Dios y del deseo de servicio a la Iglesia—las palabras del Papa. Reflexionemos serena y objetivamente su contenido y pensemos que, como católicos, debemos mantener la unidad de la fe y del amor al Cuerpo Místico de Cristo, respetando y reconociendo la infalibilidad del sucesor de San Pedro en el solio pontificio, siendo fieles de corazón y de espíritu a sus rectos criterios inspirados por el Verbo Divino. ¡No utilicemos también una actitud «contestataria»! «Si amamos verdaderamente a la Iglesia, debemos deplorar una cierta y difundida desconfianza hacia el ejercicio del ministerio jerárquico, que, por mandato de Cristo, une y conduce al pueblo de Dios a los diversos niveles de su unión.» (Discurso de Pablo VI al Sacro Colegio Cardenalicio, 23 de junio de 1969.)

Ser católico es cumplir con los deberes inexcusables de actuación cooperativa en pro de una sociedad perfeccionada, de una más justa distribución de los bienes materiales y de un más adecuado y equitativo uso de los mismos, y todo ello mediante una proyección de justicia social que tienda a convertir nuestra vida terrena en un testimonio colectivo de fidelidad y adhesión íntegra, plena e incondicional al Santo Padre, ya se llame Pacelli, Roncalli o Montini.

No nos creamos justos ni «sabios» porque en nuestra vida profesional hayamos alcanzado alto grado jerárquico ni nos envuelva el vanidoso influjo de nuestra cultura, de nuestra inteligencia o de nuestro alto rendimiento laboral. Sepamos reconocer que poseemos esos dones en virtud de la gracia que Dios nos ha otorgado y hagamos uso legítimo de ellos, preocupándonos en transmitir esa cultura, esa preparación intelectual a aquellos semejantes—hermanos nuestros!—que tanto la necesitan.

Impulsemos nuestra actuación en aras del bien común poseídas «de una inteligente valentía en la promoción de la justicia social».

¡Siempre con el Papa! ¡Siempre con el Vicario apostólico para servir a la Iglesia en la medida en que ella desea ser servida!